

TRABAJO DE FIN DE GRADO



UCAM

UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE MURCIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
Y DE LA COMUNICACIÓN

El factor Carlin en los reportajes para el diario 'El País'

Autor:

Francisco Valero Pertegal

Director:

Dr. D. Enrique Arroyas Langa

Murcia, julio de 2016

TRABAJO DE FIN DE GRADO



UCAM

UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE MURCIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
Y DE LA COMUNICACIÓN

El factor Carlin en los reportajes para el diario 'El País'

Autor:

Francisco Valero Pertegal

Director:

Dr. D. Enrique Arroyas Langa

Murcia, julio de 2016

AUTORIZACIÓN DEL TUTOR DEL TRABAJO DE FIN DE GRADO PARA SU PRESENTACIÓN

El profesor Enrique Arroyas, como tutor del Trabajo de Fin de Grado titulado 'El factor Carlin en los reportajes para el diario *El País*' realizado por D. Francisco Valero Pertegal en el Departamento de Ciencias de la Comunicación, autoriza su presentación a trámite dado que reúne las condiciones necesarias para su defensa.

Lo que firmo, en Murcia a 13 de julio de 2016.

D. Enrique Arroyas Langa.

Quiero expresar mi agradecimiento eterno a mis padres, María Ángeles y José Manuel, por todo su amor, entrega y dedicación hacia mis hermanos y quien esto firma y, especialmente, porque sobre ellos se sujeta este trabajo. Ellos propiciaron que un niño, su niño, hiciera de un divertido pasatiempo la aventura de su vida: la lectura de la prensa escrita.

"El periodismo mantiene a los ciudadanos avisados, a las meretrices advertidas y al Gobierno inquieto".

Francisco Umbral.

ÍNDICE

Introducción	13
1. Marco teórico	
1.1. Trayectoria profesional de John Carlin	15
1.1.1 Primeros años en América	15
1.1.2 'The Independent' y Mandela	16
1.1.3 'El País', nuevo hogar	18
1.1.4 Creaciones literarias.....	20
1.1.5 Las opiniones de John Carlin.....	22
1.2 El reportaje como género estrella del periodismo.....	23
1.2.1 Una visión panorámica sobre el reportaje	23
1.2.2 Funciones periodísticas	24
1.2.3. La noticia como detonante	25
1.2.4 Sin esfuerzo no hay reportaje	27
1.3 La palabra del reportaje	28
1.3.1 La apariencia.....	28
1.3.2 El titular ingenioso.....	29
1.3.3 La entradilla como arma de seducción.....	29
1.3.4 Periodismo narrativo	30
1.3.5 La columna no es un reportaje	31
1.3.6 Corolario del reportaje.....	34
2. Marco práctico	
2.1. Metodología.....	35

2.2 Análisis de los reportajes	36
2.2.1 'Visita a Sittingbourne, la ciudad que replica el resultado electoral nacional'	36
2.2.2 'Los caballeros de la Mesa Redonda'	39
2.2.3 'Locos por el 2000'	44
2.2.4 "'Me pregunto si no es mejor estar muerto'"	47
3. Conclusiones.....	53
Bibliografía.....	55
Anexos.....	57

INTRODUCCIÓN

La fulgurante ascensión de Nelson Mandela en los albores de los noventa en Sudáfrica marcó un punto de inflexión en la carrera del entonces corresponsal del periódico británico *The Independent* John Carlin. Su labor periodística contempló la obra del político sudafricano que padeció 27 años encarcelado antes de liderar una de las grandes revoluciones pacíficas del siglo XX y cuyo ejemplo causó la admiración unánime del planeta. Carlin trabajó sobre el terreno del líder que logró desterrar el viejo y caduco sistema racista, el *apartheid*, y que condujo un país a un nuevo escenario inédito en su historia: una democracia convidada a una convivencia en paz entre ciudadanos negros y blancos.

Los intensos años de actividad periodística sobre Mandela, cuya figura política trazó desde 1989 hasta 1995, constituyeron la principal materia prima que muchos años después cristalizó en un libro. Carlin recopiló el trascendental periplo del hombre que “simbolizó la lucha contra el racismo en todo el mundo” –como él mismo recalca en sus reseñas sobre Mandela- en *Playing the Enemy*, traducido al castellano como *El factor humano*. La obra es hoy, ocho años después, su trabajo más prestigioso, por el que ha sido reconocido célebremente y, otrosí, fuente de inspiración para un filme dirigido por Clint Eastwood, *Invictus*.

El periodista británico y también escritor John Carlin ejerce en la actualidad como colaborador para el diario español *El País*, además de participar en otros medios. Su currículum respalda una carrera cimentada en el periodismo político y, en no menor medida, en el deportivo. Dos ámbitos que se han visto, a menudo, interrelacionados entre sí, como esferas indivisibles de la sociedad. No en vano, el deporte se ha erigido en un sólido pretexto para contar historias con trasfondo humano (Rubén Serrano, 2015). Y sirva como significativo ejemplo la alegoría que Carlin esbozó en su libro, y que se plasma en la portada del volumen: la ya icónica imagen del capitán del clasista equipo sudafricano de rugby estrechando la mano del nuevo presidente negro.

Algunos de sus reportajes difundidos en *The Independent* también se publicaron en el diario español *El País*, dos rotativos que mantenían una colaboración recíproca. Aquella incipiente vinculación le valió para que el periódico español pujara por sus servicios en 1998. *El País* incorporó a su redacción como periodista colaborador a John Carlin, que empezó con noticias y reportajes extensos. Algunos de estos primerizos trabajos obtuvieron reconocimientos significativos, como el Premio Ortega y Gasset por un reportaje sobre la inmigración –‘Viaje por la inmigración’, 1999- publicado en la revista dominical del rotativo, *El País Semanal*. Posteriormente, la vinculación con la cabecera del grupo editorial PRISA se amplió con intervenciones en las páginas de Tribuna antes de firmar una columna semanal de opinión en la sección de Deportes, denominada *El córner inglés*; y así hasta ahora, donde también tiene fijado un artículo cada siete días sobre los grandes temas de actualidad, que publica bajo el epígrafe *El factor humano*.

Su creatividad, su talento y su trayectoria sobresalieron para que Carlin se consolidara en el diario español, que vio en el británico un filón para reforzar la calidad de su cabecera. Los periódicos, surtidores de noticias como principal motor diario, necesitan de miradas más holgadas: los reportajes amplifican el espectro de la realidad que un medio cuenta día tras día. En busca de un valor añadido y un plus que otorgue crédito al periódico, el reportaje no supone solo el particular punto de vista de un periodista, sino que se trata del enfoque del periodista John Carlin. Dicho de otro modo: es un reportaje avalado por su firma. Del mismo

modo que los columnistas y quienes ejercen el género periodístico de la opinión –o sea, el comentario de los hechos- enmarcan y califican la vida, un perspicaz reportero contribuye a mejorar el prestigio de un diario con historias que piden a gritos ser relatadas. Esa es la contribución, el valor añadido, que ha aportado Carlin a *El País* desde 1998.

Por eso, *El País* suele delegar en el reportero británico cuestiones de primorosa relevancia, aquellas que arrastran un fuerte impacto en la sociedad. Verbigracia: es el caso de la aparición del partido emergente Podemos, que se consolidó en la XI legislatura como tercera fuerza en el Congreso de los Diputados después de su irrupción en la primera línea de la actualidad en las elecciones europeas de 2014; o en lares internacionales, la celebración de un referéndum en el Reino Unido para determinar el futuro de Escocia como un estado miembro de la Unión Europea o bien como un país independiente.

Este Trabajo de Fin de Grado persigue ahondar en la pericia periodística de Carlin y en su importancia, en términos cualitativos, por su capacidad para garantizar la calidad de una cabecera y, por traslación, su prestigio. Para ello, en virtud de la metodología, ha leído y contemplado sus más de un millar de artículos publicados en el periódico *El País*, desgranados en más de cien reportajes, otras tantos de opiniones, casi dos centenares de columnas deportivas, además de noticias, perfiles y entrevistas. Sirva además como prueba de la influencia que adquiere John Carlin para los lectores su activa presencia en los dos bloques fragmentarios del periodismo: en la información, con sus prolijos reportajes; así como en la opinión, con sus asiduas columnas.

De esta forma, este trabajo toma como objeto de estudio los reportajes de John Carlin para el periódico *El País*. El objetivo de quien este trabajo suscribe persigue hallar las claves de su redacción en los reportajes, para analizar las características que predominan en sus textos periodísticos. ¿Qué recursos emplea John Carlin para elaborar sus piezas *reportajeadas*? ¿Cuáles son los elementos comunes que se aprecian en su obra?

La hipótesis trabaja en el equilibrio tanto en la belleza formal de las palabras como en el cuidado de la información. Hay un estilo cuidado, así como se observa una labor periodística minuciosa e intensa. El periodismo requiere de una investigación que también debe ser relatada con claridad y sugestión. Un texto plano y aburrido no se lee; un texto mal trabajado conduce a la inverosimilitud, una cualidad inconcebible en el ejercicio del periodismo.

Una labor periodística certera, cuidada y brillante ayuda a mejorar la calidad de un medio de comunicación. En definitiva, este trabajo busca evaluar cuál es el factor cualitativo que aporta John Carlin al periódico *El País*, parafraseando el título de su célebre obra (*El factor humano*). Pues no hay mayor objetivo en este Trabajo de Fin de Grado que verificar, por seguimiento y análisis exhaustivo, la contribución de un excelente periodista a un medio de comunicación.

1. MARCO CONCEPTUAL

1.1 TRAYECTORIA PROFESIONAL DE JOHN CARLIN

La trayectoria profesional de John Carlin discurre desde 1981 en un periódico argentino hasta hoy día, como se recoge en su página web personal (johncarlin.es). Trabajó para medios impresos en mayor medida y para medios radiofónicos y televisivos, en menor frecuencia. Las menciones a su biografía se obtienen principalmente desde su propio portal, así como por los extractos obtenidos a lo largo de una lectura de libros, revistas y documentos, que aparecen referenciados en la bibliografía de este trabajo. A continuación se desgrana toda su carrera periodística.

1.1.1 Primeros años en América

Aunque John Carlin De la Torre -12 de mayo de 1956- nació en Londres, vivió desde los tres hasta los diez años en la capital de Argentina, Buenos Aires. Hijo de madre madrileña y padre escocés, fue un niño que hablaba español “con acento italiano” y pronunciaba “vos” y nunca “tú”, como narra el propio Carlin en uno de sus libros, *La Tribu* (2012, p. 8). El dominio de las dos lenguas ha significado una pericia añadida en su carrera como periodista, ya que le ha permitido conciliar trabajos y escenarios con medios de comunicación tanto anglófilos como hispanos.

El periodismo, pese a que ha ocupado todo su desempeño profesional, nunca destacó entre sus inquietudes de la juventud. Cuando regresó a Londres como púber, se inscribió en Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford y, una vez egresado, partió de nuevo hacia Argentina, donde empezó a ganarse la vida. Él mismo lo relató en una entrevista para la revista *Esquire* (2010, p. 52): “No soy periodista por vocación ni por romanticismo. Lo soy por materialismo pragmático, lo que popularmente se llama ‘hambre’. El día que acabé la Universidad cogí 1.000 dólares y compré un billete de ida a Buenos Aires... Hasta hoy”.

John Carlin tenía 25 años en 1981 cuando dio sus primeros pasos como reportero en los inicios de los ochenta en Argentina. Su primer medio fue el único rotativo que se edita en inglés en los países de habla española, *Buenos Aires Herald*, donde trabajó durante dos años como redactor en las secciones de Política y Deportes, además de crítico de cine. Posteriormente probó fortuna en México, donde se incorporó a la emisora de radio BBC, su primera incursión en el medio de la radio. Así lo cuenta el propio Carlin en su página web (<http://www.johncarlin.eu/#/curriculum/4535132359>):

“Caí en el mundo de la radio durante la Navidad de 1982 cuando trabajaba en México de *free-lance*, muriéndome de hambre. No tenía la más mínima experiencia del medio pero, quizá porque casi todo el mundo estaba de vacaciones, la BBC World Service empezó a recurrir a mí. Continué transmitiendo noticias para la BBC, muchísimas, desde México y América Central durante cuatro años”.

Con posterioridad, el periodista incrementó sus colaboraciones con otras radios, como la emisora estadounidense ABC y la canadiense CBCV, y también ejerció como corresponsal del periódico británico *The Times* y del diario canadiense *Toronto Star*, según alberga en su

currículum publicado en su página web. Durante cuatro años, desde 1982 hasta 1986, cubrió la información de México y de América Central, además de El Salvador, donde se unió como reportero en 1984. A su favor siempre jugaba la baza del conocimiento del idioma: era un reportero británico trabajando en lugares de habla hispana sin apenas acento inglés.

La mayoría de las informaciones que recababa eran políticas, pero el joven británico también se desplazó por el periodismo bélico. “En Centroamérica las noticias eran más interesantes en ese momento, por las guerras; primero en Guatemala, luego en El Salvador”, cuenta en otra entrevista, para *El Faro* (2016), sobre aquellos primeros movimientos como reportero. “Me enganché mucho, no solo como periodista, sino también como persona, con un compromiso emocional y político. Estaba empezando como periodista, tuve muchas aventuras, me puse en muchos riesgos; son épocas memorables”.

Así describe Carlin en la misma entrevista al portal *El Faro* (2016) cómo era su rutina en aquella azarosa estancia en El Salvador:

“Cuando estaba en El Salvador, me levantaba temprano por la mañana en San Salvador, a las seis, me iba a la guerra, cruzaba el puente, llegaba a San Miguel, donde había unas balaceras; entrevistaba al guerrillero, entrevistaba al campesino, entrevistaba al policía, volvía, hacía mi nota, la enviaba y después veía el partido de fútbol, que era la juerga y el consuelo de la vida”.

1.1.2 ‘The Independent’ y Mandela

El primer hito periodístico de su carrera acaeció en 1986. Al igual que unos sesenta periodistas de la redacción del *Times* –según afirmó el británico en el artículo ‘Bye bye, *Independent*’ publicado en 2016 en *El País*–, Carlin se embarcó en el equipo fundador del diario británico *The Independent*, el mismo periódico que treinta años después decidió cerrar su edición impresa de papel. Avalado en la experiencia periodística de Carlin durante su periplo en Centroamérica, *The Independent* designó a John Carlin como su corresponsal, una labor que realizó durante tres años. Y, aunque había centrado su trabajo periodístico en la prensa escrita, como él mismo asegura en su página personal, compaginaba sus nuevas obligaciones con la elaboración de documentales para la cadena BBC.

Su etapa en el exigente rotativo inglés propició su mejoría como periodista: descubrió las entretelas del oficio, fortaleció sus aptitudes y enriqueció su experiencia vital. Carlin escribió en ese mismo artículo (2016) sobre los triunfales inicios de su joven periódico británico:

“El éxito de *The Independent* se basaba en la prioridad que se le daba a la calidad de la escritura y en cómo cubríamos el mundo. Me acuerdo de que el jefe de Internacional nos decía que, una vez constatada la veracidad de los hechos, la clave consistía en producir una buena lectura –*a good read*– y en explicar al lector por qué le pedíamos que dedicara a nuestros textos tres, cuatro, cinco minutos de su precioso tiempo”.

Su trayectoria alcanza un instante clave en 1989, cuando, siendo corresponsal en Nicaragua, abandona la información centroamericana y emprende la aventura periodística de su vida: *The Independent* le destina a Sudáfrica para que ocupe el puesto de corresponsal jefe en un momento de especial agitación política en el país. “No sabía casi nada del país, solo datos aislados: que había un tal Mandela en la cárcel y que había algo muy terrible que se llamaba *apartheid* y poco más”, reconocía el propio Carlin muchos años después en

Puro Periodismo (2015). “El jefe que decidió enviarme después como corresponsal a Sudáfrica era, en la intimidad, un tipo profundamente conservador”, afirma. “Pero también sabía perfectamente que yo no iba a cubrir el final del *apartheid* como un drama para los blancos, como lo hacía el *Telegraph*, sino como el sueño más deseado de la mayoría negra”, rememora el periodista británico.

Carlin, según declaró en otra entrevista para *Literaturas* (2009), no duda de que fue la época más apasionante que ha vivido como reportero: “Periodísticamente hablando y como experiencia de vida, los años en Sudáfrica fueron los mejores días de mi vida”, admitía antes de explicar: “Y tuve la suerte de vivir desde 1989, el último año puro y duro del *apartheid*, hasta 1995, un año después de la llegada de Mandela a la presidencia. Fue el momento clave, el mejor momento de la historia de Sudáfrica, era ver pasar la Historia con mayúsculas cada día frente a tus ojos. Increíble”.

Los seis años de trabajo en Sudáfrica, trazando la ascensión de Nelson Mandela como testigo directo, entrañan el periodo más decisivo de su carrera como periodista: informó sobre “el hombre que simbolizó la lucha contra el racismo en todo el mundo y el triunfo de la democracia sobre el *apartheid* en Sudáfrica”, como así describió Carlin mucho tiempo después en el obituario (*El País*, 2013) de quien también se convirtió en Premio Nobel de la Paz en 1993. “Es la persona más generosa y noble que he conocido”, declaró en el artículo ‘Mandela y su carcelero, el señor Brand’ (*El País*, 2013) sobre un presidente que trató con la misma cortesía “a sus humildes colaboradores que a la reina de Inglaterra”.

Mandela no resulta solo el personaje más influyente que ha tratado Carlin, sino también la persona más impactante que ha conocido, según recuerda años posteriores, en una publicación de *El País* por el cuarenta aniversario del diario español (2016, 64): “Desde el primer momento que lo vi y lo oí de cerca, en una rueda de prensa el 12 de febrero de 1990, la mañana después de su liberación, supe que estaba ante el líder político más carismático, generoso, visionario y, ante todo, sagaz que había visto, o vería, en mi vida”, escribió Carlin antes de concluir: “He intentado bastantes veces transmitir el porqué de la grandeza de Mandela, el motivo por el cual ha pasado y seguirá pasando a la historia como un coloso”.

La empresa sudafricana acabó en 1995, cuando Mandela ya estaba asentado en el poder (que ejerció desde 1994 hasta 1999). El periódico británico nombró a Carlin corresponsal jefe de Washington, una nueva obligación que desempeñó hasta 1998. Aquello no supuso el fin de las colaboraciones con el líder africano, sino que simplemente significó un distanciamiento en su rutina laboral, pues Carlin estaría siempre ligado profesionalmente al país sudafricano y a la figura de Mandela: en sus venideros proyectos siempre hubo oportunidad para nuevos reportajes, entrevistas y análisis sobre Sudáfrica. “Yo me dedico a vender palabras. Y sobre Nelson Mandela, entre libros, artículos, conferencias, documentales y una película, habré vendido cerca de medio millón”, reveló el británico en el artículo sobre la conmemoración del 40 aniversario de *El País* (2016, 64).

Pese al prestigio de la información estadounidense, Carlin no guarda buen recuerdo de los tres años que trabajó en el capital de Estados Unidos, en la que cubrió la información política presidencial. “Todo se reducía a saber si Bill Clinton se acostó o no con Monica Lewinsky”, evoca Carlin en la entrevista para la revista *Esquire* (2010, p.52). “Tras la épica periodística de Sudáfrica aquello era una farsa lamentable. Además, un corresponsal del *Times* no pinta nada ante el redactor del *Florida Herald*. Él da votos, tú no. Son máquinas de recaudar votos”.

1.1.3 'El País', nuevo hogar

1998 es el año de su llegada a España: se trata de otra fecha crucial. *El País* se convierte en su nueva empresa y, por consiguiente, en su nuevo destino, y Carlin se instala en Barcelona. Abandona su vinculación con los medios de tirada inglesa y se centra desde entonces en publicar, principalmente, en castellano. Comenzaba así una relación que ha contribuido, hasta la fecha de este Trabajo de Fin de Grado, en más de un millar de artículos, comprendidos en varios géneros periodísticos.

Aunque la primera vez que apareció la firma de John Carlin en *El País* fue en junio de 1992, con la noticia titulada 'Presiones para que Mandela y el Gobierno sudafricano reanuden el diálogo' -como así recoge la hemeroteca digital de *Elpais.es*-, no fue sino hasta 1998 cuando publicó su primer texto en exclusiva para el rotativo español. Aquellas trece iniciales apariciones, en los noventa, correspondían a la colaboración que mantenían *The Independent* y *El País*, que se reflejaba en el intercambio de artículos.

Asentado ya en su nuevo hogar periodístico, Carlin también conservó sus colaboraciones con los medios anglófilos. E incluso añadió nuevos socios: uno de ellos, el prestigioso *The New York Times*, para quien también desarrolló artículos; otros fueron *Sunday Times*, *The Daily Mail*, *The Financial Times*, *The Observer*, *Wall Street Journal*, *London Daily Telegraph*, *New Statesman* y *New Republic*, según se enumeran en su página personal. Incluso en el medio escrito brasileño *Folha de Sao Paulo*. Pero, a partir de 1998, el británico concentró sus actividades para *El País*. Es el principio de una prolija relación laboral que se alarga hasta la fecha de este trabajo y que se ha traducido en más un millar de publicaciones, entre, sobre todo, reportajes y artículos de opinión.

'El aniversario más feliz de Mandela' es el titular del primer trabajo exclusivo para *El País*. Se trata de un reportaje sobre el 80 cumpleaños del dirigente sudafricano que se publicó el 18 de julio de 1998 y comenzaba así:

"Cuando Nelson Mandela abandonó la prisión, a los 71 años, los médicos compararon su forma física con la de un hombre robusto de 50. Hoy, en su 80º cumpleaños, disfruta de un nivel de bienestar que cualquiera, sea cual sea su edad, envidiaría. No solo ha conseguido hacer realidad la aspiración de su vida de llevar la democracia a Sudáfrica; no solo es reconocido mundialmente como la mayor figura política viva, como un monumento inmortal a la nobleza humana; también es adorado por sus compatriotas, negros y blancos".

Primero fueron reportajes para la sección de Internacional, como 'Secretos y mentiras de un submarino nuclear', 'EE UU frente al enemigo invisible', 'Genocidas sin castigo', 'Los pequeños héroes del genocidio de Ruanda', 'Talibanes protestantes, los últimos terroristas', 'El misterio del vuelo 93 de United Airlines', 'Saramago, Auschwitz y Stalin', 'La teología de la muerte', 'No en el nombre de los judíos' o 'La venganza póstuma del doctor Kelly'. Todos estos textos se encuentran disponibles en la hemeroteca digital de *El País*. Si se observa, los temas tratados son de especial relevancia: como el genocidio de Ruanda, el conflicto israelí-palestino, el terrorismo del IRA o la guerra de Iraq.

También publicó reportajes para la sección de Nacional, como 'España queda todavía muy lejos', sobre Gibraltar. Pero, simultáneamente con los temas de primorosa actualidad, el deporte ya ocupaba desde los inicios algunas de sus creaciones más habituales. En concreto, el golf y el fútbol. Con artículos sobre el estadounidense Tiger Woods ('Woods: el mejor deportista del planeta' y 'El tigre que quiere ser dios') o el español Sergio García ('La locura

de Sergio García'). Incluso envió crónicas del Open de Estados Unidos y el Abierto Británico, dos competiciones que son referencia en el mundo del golf. Al conocido como deporte rey, el balompié, le dedicó artículos como 'La odisea de ser futbolero en EE UU', 'El futbolista boxeador' o 'El fantasma del Manchester'. Por supuesto, hubo también reportajes, como 'Un Manchester todavía mejor' o 'La noble 'traición' de Duberry'. Además, convirtió en una cita habitual sus páginas en los mundiales de fútbol, el espectáculo deportivo de mayor resonancia.

El País le confiaba temas de gran envergadura. Así, viajó a distintas partes del mundo para abarcar importantes reportajes, que se publicaron en formato 'serial'. Es el caso de África en 2003, con 'Los tristes y peligrosos fanáticos', 'Soul City', 'Los guerreros del Sida', 'Las puertas del cielo'. Como también los dedicados a personajes anónimos de México en el año 2004: 'Sergio aguayo', 'Los herederos de Zapata', 'Eduardo Gallo', 'La narcosatánica', 'El señor de los lagos', 'Nuestras hijas de Juárez'. Como los que trabajó sobre los hispanos que residen en EE UU: 'Rulfo va a Alabama', 'El discreto sufrimiento de la burguesía hispana', 'Un mexicano en el corredor de la muerte', 'César Fierro, 25 años a la espera de la ejecución', 'San Antonio, el futuro sin complejos', 'Instantáneas hispanas de Nueva York' y 'El sevillano anglosajón: entre el placer y el deber'.

O los centrados en las sucesivas campañas electorales de Estados Unidos. En 2004, con ejemplos como 'George W. Bush, un candidato con complejo de Edipo' o incluso sobre un entonces desconocido Barak Obama, '¿Un negro en la casa blanca?'; y en 2009, con 'La obra del señor oscuro'. Especialmente significativos son sus textos sobre Islandia en 2006: 'El país más seguro del mundo', 'El sol de medianoche', 'Lo mejor de Europa y Estados Unidos', 'Una tribu sin complejos y 'El laboratorio humano'. Aquel serial sobre el exótico país se recopiló posteriormente en un libro titulado *Crónicas de Islandia*, según se comprueba en una entrevista para Radio Nacional de España (2016).

Al mismo tiempo, su nombre aparecía en la revista dominical del mismo diario, *El País Semanal*, donde se divulgan sus publicaciones más extensas, tal y como se observa en la hemeroteca digital del medio. Eran artículos como: 'La filosofía del café' (sobre Starbucks), 'El Fernando Alonso del aire' (sobre los pilotos aéreos), 'El momento crucial' (sobre la crisis de los periódicos de papel), 'La otra tragedia griega' (sobre la crisis griega) y, por citar uno de reciente publicación, 'Chernóbil, la sombra de una catástrofe'. En la revista también hubo hueco para el deporte, con reportajes como 'Peter Pan en el olimpo del fútbol' (sobre la figura de Messi), 'Árbitros: dioses y diablos' o 'La máscara de Jordan'.

Igualmente practicó otros géneros periodísticos, como la entrevista: entrevistó al político británico Douglas Hurd, al por entonces primer ministro de Gibraltar Peter Caruana, al entrenador holandés Van Gaal, al multimillonario Vijay Mallya, al cocinero José Andrés, al exsecretario general de Naciones Unidas Kofi Annan o al presidente de Colombia Juan Manuel Santos. De igual modo, desarrolló otros géneros como el perfil: esbozó uno sobre el expresidente de la FIFA Joseph Blatter con 'Sepp Blatter: ¿bufón o Don Blatterone?'. E incluso necrológicas, como la que redactó sobre el periodista Anthony Sampson o al entrenador de fútbol Bobby Robson, 'Robson, pasión por el balón y la vida'. Y, por si fuera poco, escribió en páginas de Cultura, como 'Jan Valtin, agente doble' o 'La conquista de México' (publicado en *Babelia*) y en secciones dirigidas a medios de comunicación, como resultó su encuentro con el también británico Michael Robinson, con 'Robinson, el invasor'.

Su contrato con *El País* durante todos estos años ha sido el de 'colaborador'. Nunca formó parte de la plantilla del periódico, como el propio Carlin reconocía en una entrevista

para *El Ibérico* (2013). “Yo tengo un contrato de colaborador. Mi circunstancia es muy diferente. Si echan a un compañero mañana, le van a pagar un montón de dinero, pero si a mí me echan no me dan un duro. Yo estoy en otro terreno”, admitía.

Si en Latinoamérica una de sus armas era el dominio de la lengua hablada en el territorio; curiosamente, en su etapa como periodista en España Carlin también sacaba provecho del inglés: era un reportero de un diario español preguntando en inglés sin acento español.

1.1.4 Creaciones literarias

No formar parte de la plantilla de *El País* le ha servido para tener otras rutinas laborales, alejadas de obligaciones diarias en pos de participaciones más semanales, así como para seguir colaborando con otros medios de comunicación. Y, sobre todo, le ha supuesto una catapulta para lanzar proyectos personales. Carlin ha publicado un total de ocho libros, entre recopilaciones de artículos, semblanzas y reconstrucciones de historias: *Heroica tierra cruel* (2004), *Los ángeles blancos* (2004), *El factor humano* (2008), *Rafa: mi historia* (2011), *La tribu: el fútbol visto desde el córner inglés* (2012), *Crónicas desde Islandia: el mejor país del mundo* (2012), *La sonrisa de Mandela* (2013) y *Pistorius: la sombra de la verdad* (2014). Una singularidad es que apenas traza la ficción en sus libros, se basan en hechos reales; por lo que el término novela no sería apropiado para referirse a estas obras.

Heroica tierra cruel fue el primero de sus libros y se publicó en 2004. Es un ensayo que reunió sus crónicas africanas durante los años noventa, así como los reportajes que elaboró sobre África posteriormente. Las primeras elecciones demócratas en Sudáfrica -en las que triunfa Nelson Mandela- y el descubrimiento del genocidio de Ruanda -en el que más de un millón de tutsis fueron asesinados a manos de las milicias exterminadoras del Gobierno- convergen en esta obra: es decir, la África esperanzadora se alzaba al mundo mientras se conocían los peores crímenes.

En ese mismo año, Carlin publicó otro volumen sobre el equipo de fútbol Real Madrid, en pleno auge futbolístico de sus jugadores apodados ‘Los Galácticos’, según el sobrenombre que le impuso la prensa deportiva. Se trata de un compendio de entrevistas e informaciones sobre el club blanco, que tras el fichaje del futbolista inglés David Beckham había entrado en una dimensión *extrafutbolística*.

En 2008, Carlin condensa los acontecimientos más relevantes de la trayectoria de Nelson Mandela para cristalizar en una semblanza plasmada en el libro con el título en inglés *Playing the Enemy: Nelson Mandela and the Game that Made a Nation* y en español *El factor humano*. La narración gira sobre el partido de rugby que pugnaron Sudáfrica y Nueva Zelanda en la final del Mundial de 1995. En un estadio repleto de aficionados de raza negra que animan a un equipo predominantemente de raza blanca, aquel encuentro fue la oportunidad de Mandela para ratificar la reconciliación del país. Carlin en una entrevista para el Centro de Investigación Periodística chileno Ciper Chile (2009):

“Escribí el libro porque la historia de Mandela y Sudáfrica tuvo un final feliz. Nadie daba un centavo por un proceso pacífico hacia la democracia; hubo mucha violencia y muerte... Había noticias para todos los gustos y muchos eran los que vislumbraban una guerra civil, como las que se habían vivido en otros países con circunstancias menos desfavorables. Afortunadamente en Sudáfrica, y gracias a Mandela, el paso a la democracia resultó un final feliz”.

El periodista y escritor quería mostrar “ya no solo un proceso que podía resultar ejemplar para el resto de la humanidad”, como señala en la charla con Ciper Chile, “sino también para mostrar el comportamiento de una persona que podía servir de ejemplo, tanto a políticos como a todos los individuos: el efecto Mandela, su comportamiento como ser humano”.

Un año después, el 29 de enero de 2009, la película *Invictus* se estrenaba en España. Dirigida por Clint Eastwood y protagonizada por Matt Damon, el filme es una adaptación de la obra de Carlin. No fue la única incursión en el cine: el texto periodístico ‘A farewell to arms’ -publicado en *The Wired* en 2007- se utilizó como inspiración para la cinta *Jungla de Cristal 4*, que protagonizó Bruce Willis, según se detalla en su página web personal.

En 2011, Carlin aceptó el encargo de la familia del tenista Rafa Nadal para escribir, conjuntamente, una biografía. Escrito en clave de reportaje, el tomo repasa la carrera deportiva del joven nacido en Manacor (Mallorca), plagada de éxitos, pero también sembrada a base de esfuerzo, dudas y superación personal. Su título: *Rafa, mi historia*, y llegó a traducirse a más de dieciséis idiomas.

Posteriormente, un nuevo tomo reunió casi todos sus artículos semanales sobre el mundo del fútbol en el volumen *La tribu: El fútbol visto desde el córner inglés*. Un libro que, en palabras de Carlin en la reseña de la propia obra (2012), no es “recomendado para *mourinhistas*, ni para *maradonianos*, ni para admiradores de los ingleses o su fútbol”. En el año 2012 también se seleccionaron sus crónicas que llevó a cabo en Islandia, el país que tanto le fascinó, para la elaboración de un libro considerado como literatura de viajes: *Crónicas desde Islandia: el mejor país del mundo*.

La hazaña de Nelson Mandela bien valió otro libro, justo en el año en que falleció el líder sudafricano. *La sonrisa de Mandela* es una semblanza íntima sobre el político que cambió el destino de un país. Como recoge la reseña de la obra (2013), es “el retrato más cercano de un icono del siglo XX y de la lucha contra la injusticia”.

Asimismo, en 2013, John Carlin se enrocó en otro proyecto: la historia de Oscar Pistorius, el atleta sudafricano que corrió sin piernas en unos Juegos Olímpicos y que fue juzgado por matar a su novia. Fueron 18 meses de trabajo siguiendo su figura por todo el mundo, sembrados en *Pistorius: la sombra de la verdad*, que vio la luz en noviembre de 2014. Así confiesa en *El País* Carlin por qué decidió escribir un libro sobre el controvertido atleta, condenado a seis años de prisión por asesinato:

“Me embarqué en este libro porque la historia de Oscar Pistorius es única, sin precedentes, irrepetible, inverosímil. Le amputan las piernas cuando tiene 11 meses y corre en los Juegos Olímpicos con 25 años, llegando a las semifinales de los 400 metros en Londres 2012. Ni Homero se inventa eso. Seis meses después, la tragedia: mata a balazos a su novia, una bella modelo. Si fuera ficción nadie se lo creería; solo es creíble como no ficción”.

El periplo de John Carlin es el viaje de un periodista todoterreno, que recorrió muchos países para contar historias que se narraron, sobre todo, en papel, pero igualmente en la radio, la televisión y, por supuesto, en los soportes digitales. Colaboró en documentales televisivos para la BBC, Channel Four, PBS, ESPN y el español Canal Plus. También ha impartido conferencias, como se señala en su página web, e incluso hubo tiempo para un borrón, a juicio de quien suscribe este trabajo: Carlin participó en una campaña publicitaria junto con Rafa Nadal para un banco. Un periodista no debe hacer publicidad.

Por todo ello, el británico cosechó numerosos reconocimientos a lo largo de su trayectoria profesional. Además del Ortega y Gasset que logró en el año 2000, Carlin fue distinguido con el premio Sony para el mejor documental de radio del año 1992 en el Reino Unido; el premio Press Awards al mejor periodismo gastronómico del año 2004; el Juan José Castillo de Periodismo en 2009; el premio nacional a las artes y las ciencias aplicadas al deporte en 2010; el Bancarella por el mejor libro de deportes de 2010; y, el último, el premio Agustín Merello de la comunicación, que le otorgó la Asociación de la Prensa de Cádiz en 2014. Y fue, asimismo, finalista en el premio William Hill al mejor libro deportivo en los años 2004 y 2008. Todas estas distinciones aparecen reflejadas en su currículum de su página web.

Viajar para descubrir y después contar ha sido su pasión, su credo periodístico. Solo su hijo trastabilló algunos de sus planes: las prioridades cambiaron, como admitía en una entrevista para el diario gratuito *20 Minutos* (2010), en la que revelaba que el director de *El País* le planteó acudir a la guerra de Iraq.

“Tengo 53 años y un hijo de 9, así que es verdad que esperé un buen rato. Tener hijos antes me hubiera jodido mi plan vital. Por ejemplo, no habría podido trabajar como lo hice en Sudáfrica: para seguir a Mandela, para retratar ese país en 1989, había que correr muchos riesgos. Pude hacerlo porque no tenía un niño. Hace menos tiempo, cuando mi hijo tenía tres años, me ofrecieron ir a Iraq para escribir sobre la guerra. Me negué: no iba a dejar que me matasen, no quería dejar a mi hijo sin padre. En otras ocasiones le di prioridad a la aventura, a hacer cosas intrépidas, pero mi sacrificio no fue comparable al de Mandela. En cuanto a ahora... Mi hijo es lo más importante de mi vida. Más que el periodismo, los libros o la película”.

Aunque también hay otra circunstancia que mengua sus aportaciones: los viajes implican un determinado dispendio económico que se confronta con una era del periodismo marcada por una severa crisis económica. Así se expresa el propio John Carlin en el portal *El Faro* (2016):

“Hay menos dinero en el periodismo. Por ejemplo, a mí en *El País* no me mandan a tantos lugares en el mundo para hacer reportajes. Pero no es una cuestión de política de que no queremos cubrir el mundo, es que no hay dinero. Hace seis años, me mandaban tres semanas a África; iba a Tanzania, Angola, Mozambique; me mandaban a México dos semanas a recorrerme el país para hacer reportajes. Ahora ya no hay dinero para eso”.

1.1.5 Las opiniones de John Carlin

Carlin ha sido un periodista que comenzó publicando noticias, amplió su repertorio elaborando reportajes y finalmente incurrió en el terreno de la opinión. Se trata de una actividad que prodigó especialmente en la última década. Tanto es así que incluso llegó a obtener dos columnas en *El País: El córner inglés*, un espacio sobre el mundo del fútbol, y *El factor humano*, una columna sobre temas de actualidad.

Suele asegurar el periodista -locutor y columnista- Federico Jiménez Losantos que una columna es “lo que se empieza a leer por la firma del autor”, según recogió Fernando López Pan (1995, p. 23). La valía de un juicio está condicionada por el nombre de quien suscribe el texto; sus palabras resuenan en tanto que su autor goza de una determinada autoridad. La firma de un artículo de opinión influye, y es indudable que John Carlin tiene peso, de lo contrario no habría tenido tantas oportunidades de publicar en tribunas en sus inicios en *El País*, ni mucho menos habría tenido una columna deportiva en 2006 ni otra política desde 2015.

Los esporádicos artículos de opinión sobre el mundo del deporte se convierten en frecuentes a partir de octubre de 2006. Es el día en que publica 'El club antes que la patria', el titular del primer artículo que firma bajo el epígrafe *El córner inglés*. Y todo surgió porque "al jefe de deportes se le ocurrió pedirle una nota sobre fútbol y le gustó", como explica el propio Carlin en una entrevista con *El Faro* (2016). "Y luego hice un par más, y así ya no paré...". Carlin fijaba así una relación semanal, estipulada los domingos, con una columna deportiva. Solo sus proyectos personales han interrumpido su cita dominical con el deporte.

El córner inglés siempre comienza de la misma forma: con una cita célebre o la declaración de un jugador. Suele funcionar como un aliciente para seguir la lectura. Por ejemplo: "'Ferguson quiere que nos tiremos en el área, como otros equipos europeos'. Stam, sobre el técnico escocés, que luego le echó del Manchester", que empleó Carlin en un artículo de 2009 para *El País*, titulado 'En todas partes cuecen villaratos'. Aunque el británico siempre defendió el tono amable y distendido con el que plantea esta columna: "Lo veo como un hobby. Me divierto haciéndola, es una especie de terapia", asegura. Así resume, en la misma conversación con *El Faro*, su propósito cuando se sienta a redactar *El córner inglés*.

"Mi columna sobre fútbol es algo que yo hago medio en serio y medio en broma. Mi único propósito es entretener a la gente durante tres minutos mientras toma su café con el desayuno. Me permito un cierto punto de irresponsabilidad y de cachondeo que no me permito cuando escribo sobre ISIS o las elecciones españolas o gringas. Entonces, los fines de semana publico siempre un escrito bastante jocoso, y cuando escribo sobre Mourinho lo hago en plan de risas, siempre hay un elemento de crítica moral, pero básicamente es por diversión".

Tiempo después y tras certificar múltiples apariciones en los espacios de Tribuna y Cuarta Página –el espacio que otorga *El País* a las firmas invitadas, o articulistas menos ocasionales–, Carlin hacía efectiva otra cita más con los lectores al adoptar una nueva columna: la que denominó *El factor humano* y con la que haría mención a las cuestiones relevantes de la actualidad. Su día de publicación, el lunes. Y la primera fue 'Exorcismo de Santos', que escribió en junio de 2015 sobre el proceso de paz de Colombia con la guerrilla de las FARC.

1.2 EL REPORTAJE COMO GÉNERO ESTRELLA DEL PERIODISMO

Los textos informativos que gozan de un mayor prestigio en el periodismo son los reportajes. John Carlin centró sus principales trabajos para el diario *El País* en la elaboración de reportajes. Se trata de un género periodístico que se desarrolla a continuación.

1.2.1 Una visión panorámica sobre el reportaje

Ninguna forma de expresión periodística aglutina tantos réditos como los que genera el reportaje, se podría sintetizar de entrada. Se trata de un género del periodismo reconocido como un texto de prestigio por su capacidad para ahondar en la realidad destapada que se difunde a través de la noticia. Por ello, la cualidad para ampliar y profundizar los hechos acaecidos convierte al reportaje en una de las proyecciones periodísticas mejor valoradas entre los lectores y los propios profesionales.

Se trata de un concepto manido en los manuales de comunicación, cuya bibliografía depara una prolija cantidad de acepciones sobre el término. Muchos han sido los autores y estudiosos que han dado su particular definición sobre lo que significa en el periodismo un

reportaje. Como preludio, la Enciclopedia del Periodismo, desarrollada por Nicolás González Ruiz, enmarcó al reportaje como “la superación del periodismo, la noticia vivida, una forma vital del periodismo”.

La catedrática María Pilar Diezhandino Nieto cita al escritor hispanoperuano Mario Vargas Llosa en la obra de Sonia F. Parratt *Introducción al reportaje* (2003, p. 11) para condensar qué es un reportaje:

“Decía Vargas Llosa, a propósito de su libro de crítica literaria *La verdad de las mentiras*, que le gustan las novelas muy bien construidas, cerradas, que tienen una historia y unos personajes. Estaba definiendo el reportaje, porque el reportaje es eso: un relato bien construido, bien cerrado si es posible, con una historia y unos personajes”.

En cambio, la definición académica Gonzalo Martín Vivaldi en *Géneros Periodísticos* (1993, p. 65) roza la ortodoxia periodística:

“Es un relato periodístico, esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano; o también: una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor periodista”.

Otros autores como Marc de Foncuberta –en *La noticia* (1993, p. 104-105)- establecen que el reportaje consiste en una explicación de “hechos actuales que ya no son estrictamente noticia y que intenta explicar lo esencial de los hechos y sus circunstancias”. Es decir, se trata de un texto periodístico que persigue la narración de los aspectos desconocidos de un acontecimiento conocido para aportar todos los detalles posibles.

Este género periodístico, que se sitúa comprendido en la categoría de la información, se engloba en “un segundo nivel interpretativo”, ubicado tras la noticia, ya que su finalidad es “proporcionar al público un conocimiento más completo sobre ella”, como indica el profesor Enrique Arroyas en el manual de *Reportajes y Entrevistas* (2011, p. 25). “Su característica específica es el intento por enmarcar los hechos en un contexto amplio que les dé significado y aumente la capacidad de comprensión del público”, añade.

Tanto es así que, desde un punto de vista etimológico, el concepto reportaje encuentra su origen en la palabra *reportare*, que significa ‘traer o llevar una noticia’, tal y como se recuerda en los apuntes del profesor Arroyas. De hecho, el germen del reportaje tiene un punto de partida ambiguo, según señala *El libro de estilo* del periódico *El Mundo* (2002, 46). En España la definición inglesa de *to report* (informar) progresó hasta lo que los franceses acuñaron como *grand reportaje*.

1.2.2 Funciones periodísticas

El reportaje puede representar hasta ocho tipos de funciones, según recopila Sonia F. Parratt (2003, 19): una función informativa, en la que no hay posicionamiento del reportero, con solamente información; interpretativa, en la que se ahonda mediante el análisis y la explicación del tema del reportaje; investigación, que destapa hechos desconocidos tras mucho tiempo de trabajo previo; de precisión, que abarca asuntos muy específicos, que exigen un buen conocimiento de la materia; de encuesta, a base de cuestionarios; de pronóstico, en el que se argumenta con hechos una predicción; y de servicios, con datos prácticos y útiles.

Como recaba Albert Chillón en *La literatura de fets* (1994): "Gracias a su diversidad de manifestaciones, a las múltiples funciones comunicativas que ejerce y a la versatilidad temática, compositiva y estilística que le es inherente, el reportaje es con diferencia el más flexible, el más complejo y también, como la novela, el más camaleónico de los géneros periodísticos".

Asimismo, a la hora de jerarquizar este género periodístico, existen varios criterios de clasificación. Uno de ellos es el mencionado por Martínez Albertos, que se basa en el interés relativo de los factores que conforman el reportaje. Como recopiló Julio Del Río Reynaga en *Periodismo Interpretativo* (1991, p. 17) son los siguientes: citas, acción, acontecimiento y el reportaje corto.

El primero de ellos, el denominado inicialmente reportaje de citas, se corresponde con lo que hoy se conoce como una entrevista. El paso del tiempo y su proliferación le ha conferido carácter independiente del reportaje, por lo que es otro producto diferente, también enmarcado en el género interpretativo. El segundo de los tipos, siempre según Martínez Albertos en la obra recopilada por Del Río Reynaga (1991, 17), es el reportaje de acción: se refiere así a un reportaje que relata desde dentro, *in situ*, un hecho relevante.

El tercero es el reportaje de acontecimiento, el cual se muestra de manera estática y desde fuera, a diferencia del reportaje de acción. El reportero es un observador que relata los hechos. Por último, el reportaje corto: caracterizados por su brevedad, se centra en los detalles humanos y ambientales para intentar atraer al lector.

Por otro lado, en una simplificación de la misión de un reportaje, el manual de *Reportajes y Entrevistas* (2011, p. 27 y 28) hace referencia a dos utilidades primordiales, que se diferencian del resto: es la función mostrativa y la función explicativa; y que se puede emplear en un texto indistintamente o conjuntamente. La primera, la mostrativa, procura mostrar realidades: destapa, levanta, abre y halla para hacer público datos, testimonios o detalles desconocidos para el lector. Su función es presentar y exponer lo que ocurre. Profundiza para descubrir.

En cambio, la función explicativa busca ahondar en esas realidades para alcanzar claves, aclaraciones y justificaciones. Mientras que la función mostrativa intenta narrar qué sucede de una forma *reportajeada*, la explicativa pretende responder el porqué de los sucesos. Profundiza para comprender. Así se extrae del manual de *Reportajes y Entrevistas* (2011, 28): "Puede explicar los hechos con el método de exponer los datos completos, desde diferentes perspectivas, su contexto y los antecedentes. Y también puede mostrar una situación, dando visibilidad al aspecto de la realidad que se considera interesante con cuadros narrativos y descriptivos".

Hay reportajes que solo muestran, otros que simplemente explican; y los hay que muestran a la vez que explican: son los grandes reportajes, los completos.

1.2.3 La noticia como detonante

Por ende, la noticia se configura como el germen del reportaje, puesto que actúa como antecedente y detonante para que el periodista aborde su investigación. El reportaje se legitima en el interés y el valor de la noticia para su puesta en marcha, cuyo propósito persigue completar y profundizar en el suceso. Además, se trata de un género capaz de reunir a otros géneros, como la crónica o la entrevista, que pueden aparecer como piezas del producto final.

De esta manera, el reportaje surge como una necesidad del lector ante la oferta periodística. Es fruto de la demanda de una audiencia que quiere conocer el porqué de los acontecimientos. De tal modo, si la noticia revela un vértice de un hecho, la punta de un iceberg, el reportaje busca sumergirse en el océano y desvelar toda la verdad. Verbigracia: camina más allá del sucinto titular ‘dos hombres saltan la valla en Melilla’, pues discurre un paso más hondo, ya que busca desentrañar el problema de la inmigración.

El ejemplo de la inmigración en este Trabajo de Fin de Grado no es causal. Como se menciona en el epígrafe anterior, John Carlin fue precisamente reconocido por el premio Ortega y Gasset al tratar esta realidad. Resultaron largos meses de trabajo para acotar en un producto final (el reportaje) una entonces emergente preocupación entre los países occidentales y hoy ya evidente: la inmigración.

Esa labor discurre por conocer a los protagonistas -testimonios y testigos- como primer paso indispensable, en el que se trabaja sobre el terreno para escuchar, contemplar y preguntar *in situ*. Pero esa tarea también transita por abarcar el contexto, los antecedentes y las causas, así como por detallar cuáles son los límites que condicionan su realidad: qué lleva a una persona a saltar la valla no se explica en una noticia. O, al menos, la noticia no es suficiente: se queda escasa, delimita la superficie, pero no se sumerge hacia su abisal interior. En cambio, el reportaje sí aspira a esa pretensión. Y en esa idílica misión del periodismo en su aproximación más precisa por saberlo todo, por conocer todos los detalles, la verdad siempre estará más cerca en un reportaje.

De hecho, Julio del Río Reynaga (1991, p. 54) afirma que el reportaje no es una noticia, pero, en cambio, sí es su coyuntura:

“Es su fundamento y por lo mismo se rige por los factores que determinan el valor de la noticia y los elementos de interés noticioso. A partir de una noticia, trasciende el suceso. Busca lo que hay detrás de la noticia (sus causas) y más adelante (su proyección). Así, más que tratar un acontecimiento, estudia una situación, el hecho y su contexto”.

Y añade: “De allí que en este género se haga una real investigación, que es social, porque su objetivo de estudio es la realidad social con sus instituciones, grupos, comunidades, movimientos, patologías y las relaciones que establecen (conflictivos o no) de carácter político, económico, cultural, etcétera”.

Los medios han hecho gala de este género, siempre delimitado y diferenciado de otros productos. Pues, el lector “tiene derecho a saber ante qué tipo de género se encuentra en cada caso, igual que el espectador reclamará conocer antes de entrar en el cine si va a ver una película de terror o una comedia, una trama policial o un drama de amor imposible”, como ilustra Álex Grijelmo en su introducción del manual *El Estilo del periodista* (1997, 22). Porque “la mezcla de géneros en una misma película le desconcertaría y le resultaría difícil entender que las claves humorísticas del vodevil se cuelen en medio de una tragedia”, arguye el periodista español.

Asimismo, la diferenciación del género “ayuda a definir qué grado de intervención personal y subjetiva tiene el autor en lo que narra”, según argumenta Grijelmo, pues los géneros se diferencian por el distinto grado de presencia del informador en su texto. “El reportaje describe las situaciones con amplitud y sentido literario”.

Aun así, ocurre frecuentemente que un reportaje pueda ser confundido con una noticia, como sostiene Carlos Miguel Patersson en *El buen reportaje* (2003, p. 56), quien estima que lo consideran como una mera información. Sin embargo, las diferencias son palpables a juicio de

este catedrático panameño: no solo en la extensión y amplitud de ambos géneros, sino también en el tiempo. La noticia es corta y se desvanece rápidamente, a diferencia del reportaje, que requiere más tiempo para la publicación. Además, señala que el análisis está prohibido en los textos noticiosos, donde el periodista tampoco puede interferir.

El libro de estilo del diario *La voz de Galicia* zanja en sus páginas (2002, p. 38) la característica propia del reportaje, que le distingue visiblemente de otros géneros: “Así como la información y la crónica obligan al periodista a seguir el hilo de la noticia, a relatarla; el reportaje se hace con los elementos que elige su autor, desde testimonios a documentación”.

Cabe destacar un matiz, no obstante, sobre la presencia del análisis en el reportaje: debe proceder de los protagonistas y de la descripción de los hechos; nunca debe emanar del propio reportero. Así, como recuerda Carlos Maciá Barber en *La depauperación del reportaje en las redacciones se bosqueja en el aula universitaria* (2008, 6), supone una infracción la inserción de juicios de valor del autor, bien sea de manera deliberada o involuntaria. “El reportaje, como género interpretativo, no se orienta a convencer al destinatario para que observe una determinada conducta o tome una determinada decisión. En definitiva, para que transforme el mundo en la dirección que trace el reportero o la empresa periodística”.

El reportaje no opina, ni juzga ni toma partido, cual editorial; pero tampoco es aséptico y meramente informativo: se halla a medio caballo entre ambos extremos, su sitio es el género interpretativo. Porque, como ilustra el periodista Miguel Ángel Bastenier (2015), “el reportaje no interpretativo no existe, porque es el reportero metido en las cosas, viendo, oyendo e interpretando”. Así, “para hacer un reportaje no interpretativo (el reportero que visita a las cosas) habría que dejar la página en blanco”, concluye Bastenier.

1.2.2 Sin esfuerzo no hay reportaje

Decía el escritor británico George Orwell, en una de sus citas célebres (2008, p. 233): “Ver lo que está delante de nuestros ojos requiere un esfuerzo constante”. No en vano, la elaboración de un reportaje implica para el periodista un trabajo prolongado, arduo en ocasiones y complejo, como ilustra García Márquez (1996): “El reportaje conlleva más tiempo, más investigación, más reflexión, y un dominio certero del arte de escribir. Es, en realidad, la reconstrucción minuciosa y verídica del hecho”. En suma, el reportaje se trata de una indagación: una indagación amparada en cifras y datos, palabras y reacciones, hechos y acontecimientos.

Se trata de una tesis que igualmente suscribe Diezhandino Nieto en *Introducción al reportaje* (2003, p. 11): “Elaborar un reportaje requiere tiempo, dinero y esfuerzo personal. Requiere de una empresa que apueste por una inversión sin garantías a corto plazo; por el trabajo de ese periodista, capaz de lograr una buena historia y de contarla bien”. Y concluye: “Requiere un periodista entusiasta con su trabajo, capaz de dedicar tiempo, esfuerzo y energías extras en lograr material para el relato: patear las calles, recorrer escenarios, buscar personajes, reproducir situaciones, verificar, contrastar, contextualizar”.

De este modo, como defiende Carlos Maciá Barber en *El reportaje de prensa* (2007, p. 13), “la actitud consustancia del periodista entraña mantener los ojos abiertos, los oídos dispuestos, el olfato presto, el gusto preparado y el tacto sensible”. A lo que también agrega, sintetizando: “Una observación atenta, activa y diligente. Si se carece de una aguda falta de observación no se pasará de ser un mediocre profesional”.

Al fin y al cabo, como remacha el periodista y también profesor Miguel Ángel Bastenier en su cuenta de Twitter (2015), donde a través de pequeñas píldoras (tuits) imparte sesiones magistrales sobre la escuela del periodismo: “Reportaje es el reportero viendo, tocando, oyendo (y preguntando), convertido en fuente, y por tanto, interpretando lo visto, tocado, oído”.

1.3 LA PALABRA EN EL REPORTAJE

Delimitado qué es un reportaje, conviene señalar sus propias características formales y estéticas, que diferencian a este género de cualquier otro producto periodístico. Es la utilización que hace el británico de la palabra en los reportajes. ¿Cómo se presenta? ¿Cuál es su estructura? ¿Qué elementos narrativos emplea? Tratándose además de la disección de la palabra, se debe abordar el fenómeno del periodismo narrativo.

Igualmente conviene establecer una parada en la columna, que si bien no es un género informativo, requiere su análisis por las numerosas incursiones que ha llevado a cabo el periodista británico en el terreno del comentario. Carlin es un reportero, pero también es un generador de opinión.

1.3.1 La apariencia

¿Cómo se identifica al reportaje en una publicación periodística? ¿Cómo se distingue este género de cualquier otra producción periodística? Se trata de escritos marcados por unos rasgos muy característicos, como así recopila José Javier Muñoz en *Redacción Periodística. Teoría y práctica* (1994, p. 135): los reportajes son textos con una extensión “muy variable”, pues no albergan límites máximos ni tampoco mínimos. Presentan una escritura “libre” y a menudo compleja, sin la obligación de obedecer a la pirámide invertida. Se muestran escritos con un lenguaje asequible, sencillo y con frecuencia informal” y no solo incluye una misión informadora, sino también entretenedora, por su afán para “captar la atención del público”. Además, incorpora “antecedentes, contextualizaciones, anécdotas y circunstancias aclaratorias como los testimonios y el ambiente” y exige más tiempo en la elaboración que otro tipo de relatos, con un diseño “elaborado y vistoso”.

Otro de los atributos notorios del reportaje, como agrega José Javier Muñoz (1994, p. 135), es su distanciamiento de la actualidad, de la que no “está sometido”, y su propósito de profundizar en los hechos: “El reportaje contiene más análisis, color, antecedentes y una mayor diversidad de fuentes que las informaciones, y tratan un mayor número de temas con más detalle gracias principalmente a la extensión que pueden alcanzar”, detalla el autor.

Asimismo, el reportaje supone “una oportunidad” para examinar tanto “grandes tendencias como cuestiones específicas y ahondar en ellas con una calidad de escritura que no es posible utilizar en las informaciones diarias elaboradas bajo la presión de la hora de cierre”, añade José Javier Muñoz (1994, p. 135) sobre las manifestaciones formales del reportaje, que le diferencian de los contenidos periodísticos más comunes.

No en vano, la esencia del reportaje “es la representación vigorosa, emotiva, llena de colorido y vivencia personal de un suceso (...), como así afirma Emil Dovifat en *Periodismo* (1959, p. 22). Concluye la autora: “Y si queremos hacer justicia a la naturaleza vivida y persona del reportaje, lo llamaremos informe de los hechos vividos”.

1.3.2 El titular ingenioso

La primera diferencia que se observa en un reportaje se encuentra en el primer elemento visual de la pieza: el titular. Los criterios para su elaboración son distintos a las pautas de la noticia, puesto que su titular está estrictamente ligado a la información. “El titular de un reportaje recoge lo esencial de la noticia hasta el punto de que solo leyendo los titulares deberíamos quedar razonablemente bien informados”, como explican los autores Álvarez, Núñez y Del Teso en *Leer en español* (2005, p. 267). El atractivo de las noticias, añaden, “está precisamente en la información”. En cambio, en el reportaje no tiene por qué incluir un título informativo, por lo que puede emplear otras fórmulas, como la intriga, la curiosidad o el suspense.

De esta forma, la misión se centra en atraer la atención del lector sin regirse por ninguna exigencia informativa, lo que abre un camino para la creatividad del periodista. El periodista Álex Grijelmo (2014, p. 431) apunta en *El estilo del periodista* que es un momento especial para el reportero: “Las posibilidades de creación y diversión que implica ese trabajo suelen proporcionar agradables momentos mientras se barajan varias posibilidades”, dice sobre unos titulares que “deben modelarse con la imaginación”.

El ingenio es el ingrediente fundamental para la receta de los titulares de los reportajes. Grijelmo desgrana algunos trucos, como él mismo asegura, en su libro para intentar generar titulares ingeniosos: la paradoja, (como ‘Bomberos que encienden’) el doble sentido (‘Una pared tira un muro’), la antítesis (‘Lejana apertura, cercana realidad’), la minoración (‘Gigante pequeño’), la metáfora (‘La flecha en llamas enciende el estadio’), la antanaclasis (‘Dos segundos para un primero’), la aproximación intencionada (‘La devolución rusa’) y la hipérbole (‘El estadio se vino abajo’).

1.3.3 La entradilla como arma de seducción

Otra señal clarividente que evidencia que el texto es un reportaje -y, por tanto, se trata de un relato diferente al resto de los que se pueden encontrar en un periódico- es la entradilla, también denominada *lead*. La elaboración del primer párrafo de un reportaje es, posiblemente, la más arriesgada y creativa, caracterizado por su libertad expresiva. Mientras que la noticia está condicionada por la necesidad de responder a las cinco ‘uves doble’ del periodismo y la crónica requiere de, al menos, mantener un hilo mínimo con el objeto que cuenta; el reportaje se sirve de cualquier elemento de la historia para componer su entradilla.

Si bien es cierto que las primeras palabras del reportaje, sobre todo si es un tema de actualidad, exigen la mención de algún dato vertebrador de la historia, la entradilla se somete a una redacción cautivadora, con el propósito único de atrapar al lector. El reportero debe seleccionar bien sus primeras palabras porque se ve obligado a despertar el interés, a llamar la atención, para que quien inicia la lectura del texto no la abandone y prosiga leyendo. Esta peculiaridad se observa de manera aún más pronunciada en los reportajes alejados de la actualidad, que “claman por una entradilla galana, engatusada, gozosa para el redactor y el lector”, como opina Florencio Martínez Aguinalgalde en *Del uso de la entradilla en los textos periodísticos informativos e interpretativos* (1997, 69).

Para el profesor y periodista Miguel Ángel Bastenier (2016), la entradilla es una cuestión capital, que ostenta una profunda importancia. Y lo describe con una metáfora: “Rommel decía que si Alemania perdía la batalla de las playas, sería derrotada. Al periodista le pasa

igual con la batalla del *lead*. El *lead* periodístico es como el desembarco en la playa: hay que consolidar la cabeza del puente para que sigan leyendo”.

1.3.4 Periodismo narrativo

El periodismo se ampara desde sus orígenes en unos criterios de claridad, adecuación, corrección, concisión y precisión para la redacción de sus textos, según sintetiza el *Manual de Redacción Periodística* (p. 85-88). Todo producto debe ser entendido por cualquier lector, debe ser breve y no debe anidar en vaguedades, así como tiene que respetar las normas de la gramática y la ortografía de la lengua. La lectura se asume como “una prosa ágil en la que predomina la sencillez y naturalidad en la expresión”, según cita Arroyas. Sin embargo, la evolución de la escritura periodística ha desembocado en una corriente escudada en las técnicas de la literatura. Es una circunstancia que se ha dado, sobre todo, en el género del reportaje. Son textos ágiles y directos, pero también repletos de recursos literarios, que embellecen el resultado final.

Se trata de un fenómeno distinto al que rige la tradicional ortodoxia de la redacción periodística, como expone el periodista y profesor Ramón Tijeras en el artículo *Periodismo narrativo y no ficción*:

“Tal vez no es esto lo que aconsejan los manuales de periodismo, que se empeñan en eliminar los dobleces y las connotaciones del lenguaje –recursos literarios, estilísticos, retóricos o expresivos, y figuras retóricas o del discurso— para confinar su uso a la confección de obras literarias, fábulas y relatos de ficción”.

En una entrevista para la revista *Replicante*, la periodista argentina Leila Guerriero (2012) define a esta modalidad de periodismo narrativo como “la convicción de que las historias deben ser narradas, que no da lo mismo contar la historia de cualquier manera. La forma de un texto, el uso del lenguaje, el ritmo, el clima son tan importantes como la historia que se va a contar”.

Este concepto, que describe aquellos reportajes que se elaboran con las técnicas de la literatura, recibió varias denominaciones, como ‘Periodismo literario’, ‘Nuevo Periodismo’ o ‘Novela reportaje’ entre otros términos, aunque uno de los nombres más utilizados es de ‘Periodismo narrativo’. Este fenómeno se caracteriza por la combinación de técnicas novelísticas con la recopilación periodística de hechos, según se establece en la asignatura de Reportajes y Entrevistas (2011, p. 57).

“Este tipo de periodismo busca un equilibrio entre un contenido profundo que intente captar la verdad de las cosas con una forma de expresión que aspire a la belleza estética. Se intenta atraer la atención del lector con un estilo muy cuidado como envoltorio de una historia investigada en profundidad. Es decir, este periodismo requiere un intenso trabajo de investigación con un tratamiento y desarrollo expresivo original e imaginativo”.

Las herramientas del periodismo narrativo se basan en las figuras del discurso, como explica el profesor Tijeras (2013): “Las formas no convencionales de utilizar las palabras, de manera que, aunque se emplean con sus acepciones habituales, se acompañan de algunas particularidades fónicas, gramaticales o semánticas, que las alejan de su uso habitual, por lo que terminan por resultar especialmente expresivas”.

El talento para la escritura supone un valor añadido, pero en el periodismo no es la única habilidad requerida. Y a menudo no resulta una *condición sine qua non*. Escribir bien como

único mérito no equivale al desarrollo con plenitud el ejercicio del periodismo, sino que conduce a un camino propicio para ser novelista: no basta con relatar con fruición, se exigen más atributos. Se exige hacer periodismo.

Por consiguiente, el empleo de este tipo de recursos acarrea una contrapartida. El periodismo implica, por su naturaleza, el compromiso con unas reglas: exige un pacto con la veracidad de los hechos acaecidos, para lo que se necesita un contrato con el rigor. Del mismo modo, la honestidad es el primer punto de partida para abordar cualquier cometido periodístico, ya que la mendacidad está penada. Las deformaciones de la realidad, propias de la ficción, no tienen cabida en el periodismo.

Algunos de los riesgos se encuentran en la habitual omisión de la atribución de las fuentes en este tipo de textos. El carácter narrativo se impone a lo largo de la redacción y exige la omisión de factores que puedan alterarlo, como puede ser el caso de la citación de la procedencia de las informaciones recabadas. Esta técnica obliga al periodista a establecer un pacto no escrito: le pide al lector que se fíe de él. “A cambio, el periodista debe reforzar su credibilidad personal con un mayor esfuerzo de sinceridad y transparencia con el lector”, agrega Arroyas (2011, p. 60-65).

Otras características del periodismo narrativo son el interés humano predominante en los textos, la profunda investigación y relación con las fuentes, la modalidad narrativa y el papel del narrador.

El interés humano se antepone al interés público en este tipo de reportajes, que se centran en los aspectos cotidianos. Los personajes cobran protagonismo tanto sus palabras como sus experiencias, dos dimensiones que el periodista recopila. Hay, además, un extenso seguimiento del reportero, que, bien como observador o bien como entrevistador, trabaja sobre el terreno para captar todos los detalles.

Asimismo, la modalidad narrativa determina que hay un “propósito interpretativo de largo alcance” y el narrador ocupa un papel más importante, ya que “su personalidad marca el tono, el estilo, la elección del material y el propósito final de la historia”, como detalla Arroyas (2011, p. 60-65). Por eso, resulta frecuente el uso de la primera persona en la narración, como consecuencia de la una implicación subjetiva.

1.3.5. La columna no es un reportaje

Ante la prolija contribución de Carlin como columnista, cabe reseñar también las singularidades de este subgénero de la opinión periodística. Se trata de un género opuesto al reportaje, o mejor dicho, situado en otra horquilla: este trabajo aborda ahora el bloque complementario del periodismo, la otra mitad de su génesis: la opinión.

Una definición básica de este género periodístico indica que es una exposición del pensamiento de un periodista –o colaborador o simplemente una firma invitada- acerca de una determinada cuestión. Consiste en un texto marcado por la subjetividad y que contiene elementos calificadores y juiciosos. Las ideas se narran de manera expositiva, donde se colocan argumentos para concluir un determinado dictamen. Así lo define *El libro de estilo* de Vocento (2003, p. 40): “Los géneros de opinión expresan el pensamiento, las ideas y los juicios de valor de su autor. Lo importante ya no son los hechos, sino los comentarios y valoraciones que el autor establece sobre ellos”.

Todo ello contrasta con la información, que es el relato de un acontecimiento relevante, narrado de forma aséptica, sin injerencias personales del periodista que elabora el texto. Y que, por supuesto, es veraz y demostrable. No hay, pues, juicios, ni valoraciones ni consideraciones personales del autor. “Los periodistas no aparecemos en la información pura y dura; no hablamos, ni guiñamos el ojo al lector. Somos un médium de lo que sabemos”, agrega Miguel Ángel Bastenier (2016). Al fin y al cabo, la finalidad es la transmisión de un mensaje que busca perturbar el estado del conocimiento del receptor con unas reglas taxativas: la ordenación de datos de manera objetiva.

Tanta es la diferencia entre ambos conceptos, que autores, como Lorenzo Gomís (1989) en *Teoría de los géneros periodísticos*, distinguen el relato periodístico en dos grandes apartados: la información, en la que se enmarcan la noticia, el reportaje, la entrevista y la crónica; y la opinión, que engloba a la crítica, el artículo, la columna y el editorial. Otros, como Martínez Albertos (1982), hablan de un género intermedio entre ambos: el informativo-interpretativo, que no incluye a la noticia. Y Miguel Ángel Bastenier (2015) hace una distinción: “Distingo entre interpretar, que es explicar por qué pasan las cosas que pasan, y opinar, que es tomar partido y preferir”.

Esto conduce a los diarios, así como las cadenas de televisión y las emisoras de radio, a reflejar gráfica y notoriamente claves para diferenciar ambos géneros para que el lector –o bien oyente o espectador- conozca qué producto está consumiendo. Es el compromiso de periódicos como *La Voz de Galicia* (2002, p. 15), que manifiesta en su libro de estilo: “Los artículos se diferenciarán tipográfica y visualmente de las informaciones, de modo que el lector pueda distinguir claramente si se narran hechos o se apuntan opiniones sobre estos”.

Así pues, como menciona el defensor del lector del diario *La Vanguardia* (2012) en un artículo titulado ‘Información y opinión’, Josep Roviro, “una de las premisas que con mayor rigor debe seguir la prensa de calidad es la separación entre información y opinión”. O, como recuerda desde tiempos inmemoriales *The Guardian* en su cabecera, “*Comment is free, but facts are sacred*” (cuya traducción es: las opiniones son libres, pero los hechos son sagrados).

Estima el catedrático Rafael Yanes Mesa (2014) en un texto firmado en la revista *Latina* que el artículo de opinión presume de “absoluta libertad” y enmarca cuatro modalidades: la columna, el editorial, el artículo firmado y el obituario. La columna y el artículo firmado se diferencian en la periodicidad y ubicación del primero, siempre fijas. No en vano, un columnista, que cuenta con libertad para reflejar sus opiniones sobre cualquier cuestión, tiene en el periódico un espacio determinado.

En cambio, el autor de un artículo no forma parte de la plantilla del diario y firma su comentario de manera ocasional. Tampoco cuenta con una extensión y una localización establecida. Por otro lado, el editorial, según define Yanes Mesa, es la manifestación del periódico sobre la actualidad. Por último, el obituario es el relato de semblanza de una persona que se lleva a cabo tras su fallecimiento.

La columna de opinión, o más preciso, el comentario, es el relato de una interpretación y/o un juicio sobre un asunto con el fin de formar opinión pública. Lo explica también Yanes Mesa:

“El artículo es un género periodístico de opinión que refleja la interpretación que su autor hace sobre asuntos de la actualidad informativa. Se trata de un texto en el que se interpretan las noticias más recientes, aspecto que lo diferencia de un artículo literario. Su estructura goza de absoluta libertad”.

La periodista Pepa Roma destaca en su obra *De profesión, periodista* (2000, p. 71) que es un texto que propicia la creatividad:

“El artículo es el género en el que el periodista puede desplegar todas sus dotes creativas y expresar abiertamente su opinión. Es una especie de *tutti-frutti* en el que casi todo vale: datos sacados de una noticia de agencias, frases de una entrevista que hemos leído o hicimos a alguien, algo que hemos visto, así como una libertad en el empleo de imágenes y otros recursos literarios que no encontramos en los demás géneros”.

La periodista también pone el foco sobre el valor de la firma: “Lo que normalmente interesa del artículo es la opinión de alguien que nos merece respeto”, ya que, según sus palabras, “porque tiene unos conocimientos especiales sobre el tema o una visión penetrante sobre cuanto acontece. Por ello, el artículo no solo va siempre firmado, sino que a menudo se destaca a al autor con una foto”.

La estructura de la columna se afana de albedrío, porque, como sostiene el periodista Teodoro León Gross (1996 p.64), a quien cita Yanes Mesa (2004), no hay un criterio visible que identifique al artículo, debido a que no todos los autores plantean una introducción, un desarrollo y un nudo. No obstante, Yanes Mesa (2004) señala que la mayoría de estos textos albergan una “estructura tripartita”: una entrada, “en la que se presenta el acontecimiento de actualidad que es objeto de comentario”; el cuerpo narrativo o reflexivo, “con un análisis en profundidad sobre sus antecedentes y relaciones con otros sucesos actuales”, y la conclusión, “con una valoración subjetiva que a veces va acompañada de una predicción sobre las posibles consecuencias”.

El columnista de *El Mundo* Jorge Bustos aconseja que “una buena columna” tiene que tener tres elementos: “Una noticia, un ensayo y una metáfora”. Lo aseguró en una entrevista para *Neupic* (2015). El también columnista de *El País* y de los diarios del grupo Prensa Ibérica, Juan José Millás, compara su estructura con un insecto: cabeza-tórax-abdomen en su artículo ‘Palabras’, publicado en 1999: “El primero es el destello; en el segundo la columna se ensancha, respira aquello de lo que has empezado a hablar; y en el tercero se hace la digestión”.

Aunque tal vez la estructura se pueda dar a la inspiración de la pluma del columnista, pues, como sostiene la autora Pastora Moreno Espinosa (2000) en la revista *La Latina*, la columna es un arte, así como una técnica que se adapta a la personalidad del autor de la misma.

“De ahí el fuerte grado de identificación que existe entre el comentarista y el lector. Uno de los secretos de la columna es la atmósfera de intimidad que promueve en el lector. La columna responde a la necesidad de conocer al que habla e indica la preferencia del lector por el contacto directo con un individuo más que con el producto editorial anónimo de una corporación”.

Al fin y al cabo, uno de los rasgos que marcan este género es la libertad estilística, como igualmente remarca Pepa Roma (2000, p. 72): “El artículo de autor tiene una libertad narrativa casi total; no son expertos en nada, pero sí tienen un estilo y una agudeza especiales”, comenta, antes de zanjar: “El soporte informativo es a menudo una excusa para hacer una reflexión personal sobre el mundo en que vivimos”.

Los periódicos a menudo reseñan que no se responsabilizan de las opiniones de sus comentarios, que no los toman con las voces de sus juicios. Para ello están los editoriales, argumentan. Pero resulta inevitable que el lector asocie a una determinada firma con su periódico; del mismo modo que para el diario es ineludible que sus columnistas forman parte

de su imagen. Así lo proclama Álex Grijelmo en *El estilo del periodista* (2014, p. 111): “Los textos de opinión pueden reflejar el auténtico talante de un periódico. De estilo del artículo y editoriales podremos deducir cómo afrontan la realidad y las transformaciones sociales los dueños de la publicación”.

Sirva también la anécdota que cuenta el columnista Salvador Sostres: “Pedro Jota Ramírez me dijo cuando le conocí que cualquier persona que escriba realmente bien en España tendría que tener una oferta de *El Mundo*”, como relató en el artículo ‘Pedro Jota y yo’, publicado en 2014 en su blog de *El Mundo*.

Del mismo modo, la columna incluye riesgos, cuyos excesos pagan los propios firmantes y, sobre todo, sus periódicos. Lo afirmaba Vázquez Montalbán, según citó en la revista *Saraswati* J. M. Persánch en el escrito ‘El auge del columnismo’: “El auge del columnismo conlleva el riesgo del vedetismo y la arbitrariedad, de que se convierta al columnista en un pequeño dios propietario de su columna, de su territorio expresivo”.

1.3.6 Corolario del reportaje

Después del itinerario trazado por los vericuetos del reportaje y tras un alto en el camino con la columna, se puede concluir que pocos autores reflejaron el sentir de este género como hizo Begoña Echevarría Llombart en *Las W's del reportaje* (1988, 23):

“Es el texto periodístico fruto de una investigación profunda mediante la cual el periodista describe, explica, informa, relata, analiza, compara e interpreta... Va más allá del clásico ‘qué ha sucedido y quién lo ha protagonizado’ y se fija fundamentalmente en el cómo y el porqué de un acontecimiento: antecedentes, contextualización, análisis, reacciones e interpretaciones son esenciales en ese género, generalmente firmado. Si el lector encuentra en la noticia una fotografía de la realidad, el reportaje le aporta una radiografía de la misma, una posibilidad de diagnóstico sobre el origen y las causas de lo que ocurre y sus posibles repercusiones futuras”.

Aun así, la exposición que mejor concuerda con el estilo y el quehacer de John Carlin es la sintetizada por Martínez Albertos en *Redacción Periodística*, (1982, p. 314): “Se trata del relato periodístico –descrito o narrativo– de una cierta extensión y estilo literario muy personal en el que se intenta explicar cómo han sucedido unos hechos actuales o recientes, aunque estos hechos no sean noticia en un sentido riguroso del concepto”.

En definitiva: “El reportaje elaborado por un periodista cada vez más profesional, significa un descubrimiento del pasado y un diagnóstico del futuro”, como cita el artículo ‘¿Qué es el reportaje’, publicado en el portal *Borriones*. En definitiva, se trata de un género que puede satisfacer todas las exigencias del lector contemporáneo y, a la vez, permitir al reportero captar con profundidad la realidad, llegar a la esencia de los hechos y de los acontecimientos, como así concluye Sonia F. Parratt.

2. MARCO PRÁCTICO

2.1 METODOLOGÍA

Este Trabajo Fin de Grado ha empleado innumerables horas de tiempo, casi incuantificables, en leer la prolija contribución de Carlin al periódico *El País*. Resultan más de un millar de publicaciones, recogidas desde sus primeros textos en 1992 como fruto de la colaboración con *The Independent* hasta el mes de junio del año 2016. En esta lectura no hay solamente una motivación académica e imperativa, sino también un interés curioso en conocer la carrera de John Carlin, atraído en su sugestivo estilo de escritura. No obstante, para la aplicación de este trabajo se han seleccionado un total de cuatro reportajes.

El método empleado es la disección periodística del texto en su totalidad, desentrañado con las artes aprendidas en cuatro años de estudio en la Universidad. Hay un propósito cualitativo de examinar el qué, el cómo y el por qué en el quehacer periodístico de John Carlin. Las herramientas utilizadas para el análisis de los mencionados textos periodísticos son las destrezas adquiridas a lo largo del Grado de Periodismo. En concreto, el espejo se encuentra en la disección de los reportajes llevadas a cabo en la asignatura Reportajes y Entrevistas - impartida por el profesor Enrique Arroyas- cuya escaleta traza este Trabajo Fin de Grado.

El principal asunto, y, por tanto, el primero en ejecutarse, es la identificación del tema del reportaje. Cuál es la cuestión que desarrolla la publicación. Seguidamente, se subrayan dos componentes importantes, como son el enfoque y el propósito. O sea: el angular desde el que se aproxima el reportero al tema, el aspecto que investiga; así como la finalidad que busca en su trabajo periodístico, respectivamente.

La función que desempeña el texto es el siguiente aspecto que se examina. ¿Ejerce una función mostrativa en una situación para darle visibilidad con cuadros narrativos y descriptivos? ¿O bien explica los hechos exponiendo datos complejos desde distintas perspectivas, contexto y antecedentes? ¿O se desarrollan ambas funciones de manera combinada?

Otro punto es la posición del narrador: si bien en un lugar de 'focalización cero', ausente, sin perspectiva concreta, en la que está en todas partes y en ninguna; si bien como 'focalización interna', adoptando un papel más de la historia; o como 'focalización externa', observando los hechos desde fuera.

Del mismo modo, el narrador puede constituirse de dos maneras en el relato de los hechos: homodiegético o heterodiegético. O lo que es lo mismo: redactar en primera persona, o en tercera persona. Además, también se señala la perspectiva: omnisciente, con una visión completa, y equiescencia, con una aproximación limitada.

Asimismo, se desmenuza el titular y el subtítulo, como piezas destacadas del texto, además de la mayoría de los párrafos. El párrafo clave también se recoge, así como el último párrafo, el que cierra la publicación.

El análisis también persigue la identificación del material empleado: testimonios, datos, escenarios, ideas, información de contexto, explicaciones, fuentes utilizadas, así como los recursos expresivos. Finalmente, se desarrolla la valoración del reportaje, que pasa por medir

el valor informativo y su interés, amén de la credibilidad, fiabilidad, claridad y utilidad. De esta forma, el objetivo final es la evaluación de la credibilidad, la comprensibilidad y el estilo empleado: tres factores que determinan la calidad de un reportaje.

La elección de cada reportaje no es baladí: son seleccionados por la importancia del tema, repartidos a lo largo de toda su etapa en *El País* y también atendiendo a un criterio de variedad, para que se deje constancia de que el abanico de Carlin es amplio. Así, el primero es 'Visita a Sittingbourne, la ciudad que replica el resultado electoral nacional', para trazar las elecciones generales del Reino Unido del año 2015; el segundo versa sobre el partido político Podemos: 'Los caballeros de la Mesa Redonda', publicado en 2015; el tercero trata el llamado 'efecto 2000', con 'Locos por el 2000'; por último, un extenso reportaje sobre las víctimas estadounidenses de la guerra de Iraq del año 2005, con "'Me pregunto si no es mejor estar muerto'".

La observación de los cuatro reportajes de Carlin se hace con ánimo de deconstrucción para comprender, pero también con una perspectiva crítica. Todo ello conduce a la obtención de una visión concluyente de la obra cualitativa de John Carlin en el periódico *El País*.

2.2 ANÁLISIS DE LOS REPORTAJES

2.2.1 'Visita a Sittingbourne, la ciudad que replica el resultado electoral nacional'

Las últimas elecciones generales del Reino Unido bien valieron un reportaje *in situ*. John Carlin viajó hacia la localidad de Sittingbourne, situada al este de Londres, a una hora de tren, para relatar el ambiente y las sensaciones de los británicos ante la cita electoral. ¿Qué siente el votante del Reino Unido? ¿Cuáles son las principales preocupaciones? Calibrar estas cuestiones es tarea ardua, por no decir que resulta imposible ante la idílica misión de abordar a todos los ciudadanos; pero sí se puede obtener una muestra representativa y aproximada si se centra en un prisma determinado: ese enfoque es la localidad de Sittingbourne.

¿Y por qué en Sittingbourne? Lo adelanta sucintamente el titular: 'La ciudad que replica el resultado electoral nacional'. Y lo argumenta más detalladamente en párrafos interiores el propio autor del reportaje: "La circunscripción a la que pertenece Sittingbourne tiene algo que la distingue: el resultado electoral aquí ha sido idéntico al resultado nacional en las cuatro elecciones generales británicas celebradas desde 1997". Así, indagar en los móviles de los electores de esta localidad supone una razón más que justificada para elaborar un reportaje, ya que sus motivaciones son extrapolables a todo el territorio nacional.

El propósito del reportaje es mostrar al votante británico: conocerlo. Es decir: averiguar qué factores –sentimientos y razones– conducen a que gane un determinado partido, a que otro se diluya y que otros crezcan en representación parlamentaria. Dicho de otra forma: el reportaje intenta poner de manifiesto cuáles son las prioridades del elector inglés: qué busca para su país y qué no quiere para su nación.

El reportaje está firmado a fecha del 6 de mayo del año pasado. Esto es: se publicó un día antes de la celebración de los comicios. El titular es 'Visita a Sittingbourne, la ciudad que replica el resultado electoral nacional' y su subtítulo se rotula: 'La localidad ha votado en los últimos cuatro comicios generales como el conjunto del país'. Contiene un total de 923

palabras, y está estructurado en diez párrafos. Se insertó en la sección de Internacional bajo el cintillo 'Elecciones en el Reino Unido'.

El titular, que no es oracional por su ausencia de sujeto, tampoco es creativo en su expresión formal, pero sí evoca una curiosidad llamativa: existe un pueblo inglés que calca los resultados nacionales. De esta forma, invita al lector a sumergirse por las peculiaridades de la localidad y lo conduce a 'visitarlo'. ¿Cómo es esa población? ¿Qué tiene de especial? ¿Qué inquietudes aprecian sus vecinos? Por tanto, es un titular apelativo.

El subtítulo ahonda en más detalles que aclaran el titular; no se destaca otra idea diferente, sino que se secunda al titular, una posición muy propia de los reportajes. Tal vez, esta ocasión no lo requería: el titular se explica por sí solo, es explícito; luego, se pudo aprovechar para elaborar otro subtítulo.

Una de las singularidades de este reportaje es el uso de la primera persona del narrador. Carlin adopta una narración homodiegética, aunque su mirada es equiesciente. El porqué de esta decisión parece estar motivada por la misión que toma el periodista como testigo. Está en un lugar decisivo, en el que se suceden testimonios y experiencias relevantes, y cuenta lo que observa. Su papel es casi testimonial. No obstante, la focalización es externa, porque transcribe lo que ve y oye, pero no accede a los pensamientos de los personajes: simplemente relata lo que sus interlocutores declaran.

Por ello, la función de este reportaje es claramente mostrativa: hay una necesidad de exponer y enseñar, de ilustrar lo que ocurre en esta localidad. Por eso, se escuda en los elementos de la primera persona –“vi una pancarta gigante” o “acompañé a Nicholson”-, para subrayar su tarea de testigo.

La entradilla relata un contraste: las diferencias, como si de dos mundos antagónicos se trataran, entre la capital del Reino Unido y una localidad cercana. Las costumbres son distintas, los acentos son otros y no hay rastro de la diversidad racial que caracteriza a Londres. Esta descripción anticipa que se adentra en otro país, en una Inglaterra menos conocida, pero bien opuesta a la que su capital desprende.

El contraste suele actuar como un elemento sugestivo. Despierta la atención del lector, que compara y contempla dos realidades diferentes. De esta forma, comprueba que las claves de las elecciones se encuentran más cerca de municipios pequeños que de la ciudad más importante del país. Carlin emplea la descripción en su entradilla, pero también se apoya en dos expresiones personales para enfatizar la antítesis: “Pero me pareció otro país” y “para mi desconcierto como londinense”.

El segundo párrafo desliza dos claves: en primer lugar, refrenda el quid de la entradilla; revela explícitamente que se está en un destino opuesto a Londres, un pueblo castizo que representa la Inglaterra tradicional, lejos “del Babel de la capital” e “inmune a las manifestaciones más obvias de la globalización”, como cita Carlin. Y, en segundo lugar, despeja en el texto la razón que acredita su presencia en el pueblo y, por tanto, la elaboración del reportaje.

Además, añade datos ilustrativos para el lector: expone que los últimos resultados electorales se saldaron tanto en el Reino Unido como en Sittingbourne con tres victorias laboristas y una conservadora. Ambas fuerzas políticas se enfrentan ahora a la amenaza, como escribe Carlin, del UKIP, un partido antieuropeo y antinmigrante. Así, Carlin ya ha presentado los principales componentes de la contienda –las elecciones, se entiende-: tema, protagonistas y escenario.

El UKIP puede ser el principal actor de los comicios, o al menos, de momento, ocupa el eje central de las preocupaciones. Su mensaje se articula en torno a una idea: su rechazo a la inmigración, y con él aspira a protagonizar el debate público. Así lo refleja Carlin en su tercer párrafo: pone el foco en una enorme pancarta del líder del partido emergente, Nigel Farage, como símbolo de su protagonismo. El autor del reportaje ampara la relevancia de Farage con el testimonio de políticos oponentes: un militante laborista, otrora líder local, admite las posibilidades reales del UKIP.

Aun así, los sondeos locales dan la victoria al partido conservador, contextualiza Carlin. ¿La razón? Su acercamiento a posiciones xenófobas, próximas al UKIP, y la promesa de un referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea. La coincidencia de dos partidos antagónicos en un tema trascendental supone una pista clarividente para conocer una de las principales inquietudes del ciudadano británico: la inmigración. La gran paradoja radica en que los votantes temerosos son vecinos de localidades en las que apenas se concentra una población de migrantes.

Así es cómo Carlin esboza el párrafo clave del reportaje, el que motiva la elaboración del texto. Y en el que interrumpe su función mostrativa para esbozar momentáneamente una posición explicativa: hay que explicar al lector los entresijos del problema de la inmigración, sobre el que gira el debate de la campaña electoral.

A continuación, el reportaje adopta un recorrido por el pueblo, charlando con los vecinos y conociendo sus problemas; Carlin lo hace actuando como acompañante del candidato laborista, Guy Nicholson. Sittingbourne alberga un “abanico de sentimientos”, relata el periodista. Desde los incondicionales simpatizantes de los *tories* y laboristas hasta los indecisos o los desinteresados, pasando por los votantes extremistas, que desprecian a los partidos tradicionales, como se ilustra en el ejemplo del joven que les ignora cuando lo saludan.

Carlin recoge tres principales asuntos de interés: “La economía personal, los servicios públicos y los inmigrantes”. Recoge también testimonios, que demuestran los focos de preocupación. Como el obrero de la construcción: “Un hombre de unos 40 años que trabajaba en la construcción dijo que votaría por UKIP porque los inmigrantes estaban abusando del sistema de salud público y forzando una bajada de los sueldos”. O como un anciano desencantado de los laboristas –“el Gobierno de Cameron ha hecho las cosas bien”- o como el conductor de un tren, entre otros.

Tras la exposición de declaraciones de los vecinos, Carlin concluye en el párrafo final que el principal sentimiento detectado en la campaña británica es el miedo, por delante “del deseo de forjar un mundo mejor”. Agrega que la mayoría no está dispuesta a confiar en el UKIP; pero sí comparte su diagnóstico, especialmente su rechazo al foráneo y a Europa. El final es, por tanto, cerrado. Y termina con un pronóstico: “En sus entrañas, Nicholson sabe que perderá; Miliband, en las suyas, que los conservadores ganarán más escaños parlamentarios que su partido”.

Y, como afirmaba la profesora Sonia F. Parratt, un tipo de reportaje es el de pronóstico, en el que se argumenta una predicción con hechos. En este caso, la predicción se da en las dos últimas líneas, pero se sostiene tras la recopilación previa mostrada en el reportaje. Lo cierto es que, una vez conocidos los resultados de las elecciones, el Partido Conservador logró la mayoría absoluta, el Partido Laborista perdió casi 50 escaños con respecto a los anteriores comicios y el UKIP solamente obtuvo un escaño.

Carlin ha manejado seis testimonios citados en su reportaje, aparte de las conversaciones con dos políticos (el candidato Guy Nicholson y el otrora líder local). Ha contextualizado en su justa medida, razonando sucintamente la actualidad política del Reino Unido y sus antecedentes. También ha precisado datos, aunque pocos. El escenario ha sido afrontado *in situ* al visitar la ciudad, como asegura el reportero. La visión es, asimismo, equiesciento, ya que sus conocimientos se basan en la investigación y la observación. Los recursos utilizados han sido la descripción en primera persona y la citación de fuentes personales, atribuidas de manera concreta y utilizadas de forma pertinente.

El tema del reportaje es relevante, por la importancia del Reino Unido en su relación con la Unión Europea, con un valor informativo notorio. Es útil y necesario, por la necesidad de comprender la realidad política británica; también interesante, por la escritura amena y clara del reportero. La atribución de las fuentes aumenta la credibilidad del texto, que también se sostiene bajo la firma de John Carlin.

2.2.2 'Los caballeros de la Mesa Redonda'

En enero de 2015, Podemos era ya una realidad. La fuerza política que emergió en las elecciones europeas de mayo de 2014 se había constituido como una de las voces predominantes de la actualidad política española. Por aquellas fechas se daba por hecho la avenida al Parlamento de un partido que surgió en los albores del movimiento cívico del 15M y en las entrañas de un grupo de profesores y politólogos. Ya acaparaban la atención diaria de los medios, especialmente de las televisiones, y las encuestas refrendaban su posición en el debate público. Nadie dudaba de que se convertirían en uno de los principales protagonistas de las futuras elecciones, previstas entonces para el final de año.

Aquella frenética irrupción merecía una reflexión: cómo había llegado hasta ahí Podemos. ¿Dónde, cuándo y cómo había surgido ese movimiento político? ¿Cuáles eran las claves del éxito de la formación? ¿Por qué parte de la sociedad española escuchaba y defendía sus proclamas? ¿Quiénes son sus principales dirigentes? La necesidad de una genuflexión ante tal relevante fenómeno llevó al diario a *El País* a encargar a John Carlin la elaboración de un extenso reportaje. El propósito era desentrañar y dar respuestas a tamañas inquietudes mediante una "exploración" –como así definió el periódico– a Podemos.

El extenso artículo se dividió en tres reportajes, tres publicaciones independientes que se difundieron a doble página en el diario durante tres días consecutivos. Todas ellas se colocaron en las páginas de la sección de Nacional ('España' lo denomina *El País*), bajo el cintillo de '¿Qué quiere Podemos?'. 'Los caballeros de la Mesa Redonda' fue el primer reportaje. Se publicó el 28 de enero de 2015, presenta un total de 2.273 palabras, redactadas en 32 párrafos, y su subtítulo fue: 'El escritor y periodista John Carlin inicia este miércoles una serie en la que explora el fenómeno Podemos, por qué ha logrado convencer a tanta gente en tan poco tiempo, cómo son sus dirigentes y, sobre todo, a qué aspira'. Al día siguiente, se publicó 'La casta somos todos', con 1.646 palabras, escritas en 22 párrafos, y, finalmente, se cerró el serial con 'La religión por otros medios', con 1.253 palabras, articuladas en once párrafos.

El titular del primer reportaje es una clara metáfora: 'Los caballeros de la mesa redonda' simboliza el lugar de encuentro de los señores feudales del rey Arturo, en la era del Medievo, en el que tomaban las grandes decisiones de su tiempo. Esta figura literaria, con más fundamento ficticio que veraz, propia de las leyendas, se enlaza con los nuevos dirigentes de

Podemos, que irrumpen en la primera línea de la política para recoger las demandas de una gran parte de la sociedad y anunciar la promesa de que se transformarán en acciones políticas. Se trata, así pues, de un titular no oracional (no lleva verbo) y expresivo.

Por sí solo, el titular no es explícito, ni logra identificar a todas las partes: no hace mención al tema ni muestra a sus protagonistas. ¿A quién se está refiriendo? ¿Quiénes son estos caballeros de la mesa redonda? Faltan matices y aclaraciones, que sí aparecen en el subtítulo: el tema es Podemos y sus protagonistas, sus principales líderes. Aun así, estos dos elementos periodísticos continúan siendo insuficientes para enmarcar el sentido del titular: ¿por qué el reportero utiliza esa metáfora para titular? Aunque hay margen para la intuición del lector, la respuesta no se muestra al instante, sino que se debe profundizar, y bastante, en la lectura para despejar la incógnita. Aparece en el párrafo vigésimo octavo, rozando el final, donde Carlin redacta que la expresión se emplea por la instauración de un identidad al discurso de Podemos: “La formación se presenta al imaginario colectivo como los caballeros de la Mesa Redonda que, junto al pueblo enardecido, pretenden atacar, despoblar y ocupar el castillo negro donde se atrinchera la despiadada casta”.

Los reportajes están exentos de justificar su razón de ser en los titulares, como sí ocurre en las noticias, que quedan absolutamente deslegitimadas si la información no se recoge expresa y explícitamente en el titular. En el género del reportaje la creatividad apenas encuentra barreras, con un espacio propio para la libertad estilística. Por eso, John Carlin se decanta por el uso de una metáfora que, si bien de entrada puede causar un cierto desconcierto, posteriormente se revela como ‘bien traída’.

El subtítulo es amplio, más de lo común en estos casos. Es extenso porque debe desmenuzar el titular, así como por la necesidad de avanzar las claves que motivan el reportaje –“por qué ha logrado convencer a tanta gente en tan poco tiempo, cómo son sus dirigentes y, sobre todo, a qué aspira”-, pero también para orientar al lector de que se encuentra ante un reportaje dividido en otros dos más. La referencia del autor de la publicación –“El escritor y periodista John Carlin”- es una prueba inequívoca de la importancia que otorga el periódico a Carlin. Otra razón puede estar motivada por la inactividad del británico en *El País* durante aquellos meses, enfrascado en su proyecto del atleta sudafricano Oscar Pistorius, en los que solamente se divulgaron tres artículos entre mayo de 2014 y enero de 2015. La vuelta al ruedo de uno de sus periodistas insignes merece ser bien destacada, se podría decir.

Por ello, el enfoque es la particular exploración del periodista, que asiste *in situ* a uno de los actos del partido y conversa, además, con varios de los dirigentes de Podemos. Y la finalidad reside en enmarcar una realidad pujante en su contexto, señalando su origen, su impronta y sus aspiraciones. Dicho de otra forma: ¿cómo empezó todo? ¿Cuál es su situación actual en la política española? ¿Y cuál es su meta? Unas preguntas que, brevemente, se responderían de la siguiente manera: en la universidad pública, aupados por la encuestas y con el objetivo, como dice uno de sus miembros, de “ganar las elecciones”, respectivamente. Así, el reportaje se adentra en estas tres cuestiones a lo largo del texto.

La entradilla es descriptiva. El autor detalla los entresijos de un recinto abarrotado que espera la intervención de un político: señala la hora, el día y el estado de ánimo de la concurrencia –“ambiente, festivo”-; un público heterogéneo, donde se observan desde niños, casi bebés, hasta ancianos, con más de 80 años. Todos esperan al líder, cuyo “fervor ante la inminente llegada del elegido va *in crescendo*”. Tampoco se desaniman pese a la impuntualidad del protagonista del acto porque se encuentran viviendo un momento único –“histórico”- y cantan consignas, añade el reportero. No es la mejor manera para atrapar al

lector, pues no hay elementos potentes que despierten una inusitada curiosidad; pero sí resulta una fórmula para invitar a una lectura tranquila, en un calco a las fórmulas de la literatura, ya que utiliza rasgos descriptivos.

Los cánticos se ilustran en el siguiente párrafo, una recreación sonora que se dedica exclusivamente a las melodías que se escuchan en el recinto: unos proceden de los lemas estadounidenses –‘¡Sí se puede!’- y de las luchas antimperialistas de América Latina –‘El pueblo, unido, jamás será vencido’-; otros derivan de los estadios futboleros –‘A por ellos, oé’- y las aclamaciones a los jugadores más populares–‘Paaablo’, como si fuera Messi-. En un siguiente párrafo y de manera muy escueta, se cita el lugar, un barrio obrero, y la fecha del acontecimiento, el 21 de diciembre de 2014.

Con estos tres párrafos, de una manera detallada, Carlin dibuja el escenario en el que se sitúa el tema. Tal vez hubiese quedado más unificado en un solo párrafo, aunque el riesgo sería una extensión demasiado alargada. Ya en el siguiente, el redactor sitúa los hechos, los concretiza. Se encuentra en el primer acto multitudinario del partido en Cataluña, con una multitud que espera al líder, Pablo Iglesias, quien “un año antes, con cuatro docentes de la Universidad Complutense de Madrid, decide fundar Podemos”. Es la primera aproximación a la principal cara visible de la cúpula, a quien califica como el “el líder de la primavera española que hoy agita a la vieja Europa”. Acaba de describir el párrafo fundamental del reportaje, el que da sentido al texto.

Si el aspecto físico siempre es la primera impresión, en el reportaje también parece seguir esta norma. Porque la primera aproximación a la figura del líder, que es también secretario general del partido, es el análisis de su indumentaria: el reportero nuevamente se vale de elementos descriptivos –“camiseta blanca, vaqueros azules...”-, para acto seguido cincelar la simbología que implica el atuendo de Iglesias: “Representa cambio, futuro y modernidad, pero la coleta larga que luce le da un aire rockero años setenta”. Aunque parezca frívolo, no es baladí el asunto de la indumentaria: es la imagen que proyecta el político.

Hasta el momento, John Carlin se ha valido de la función mostrativa para llevar a cabo el reportaje: actuando como testigo, esboza un relato de sus observaciones para entrar en situación. Sin embargo, una vez hechas las presentaciones, llega el turno para las explicaciones, para las puntualizaciones. El periodista, en el análisis del mensaje, explica que pese a que Iglesias es catedrático, sus discursos son asequibles y diáfanos, con vocación universal, en detrimento de un registro culto, propio de quien tiene un alto nivel de formación. Y el uso de fábulas es una prueba de ello. O sea, el reportaje también adopta una función explicativa.

El reportaje cambia de escenario y, por tanto, de situación. “Quedan muchas preguntas por contestar”, escribe Carlin, quien, en lo que supone un giro en el texto, añade: “Queda por ver si, a la hora de votar, una mayoría de españoles estará dispuesta a fiarse de un partido político que no hace promesas”. ¿Qué hace singular a este político que dice diferenciarse del resto de políticos?

Para hallar una respuesta, la pregunta se plantea en las entrañas del partido. Se ubica en la plaza de España en Madrid, donde trabajan una decena de jóvenes “en vaqueros y camiseta”. De nuevo se emplean elementos descriptivos, que implican muchas y clarividentes pistas: “Sus armas, ordenadores portátiles y teléfonos móviles, las herramientas digitales con las que Podemos ha logrado amplificar el mensaje del partido con tan frenética efectividad”.

Es inequívoco que la formación política pretende conquistar el siglo XXI aprovechándose de las herramientas que dominan su tiempo: el poder de las nuevas tecnologías.

Un personaje entra en escena para ilustrar la influencia de la tecnología y, en concreto, de las redes sociales, en el crecimiento de Podemos. Es Miguel Ardanuy, el jefe de sección de Participación, lo que siempre se ha llamado propaganda –aclara Carlin-, y que señala: “Sin las redes no estaríamos donde estamos hoy en las encuestas”. Los simpatizantes se multiplican en Internet, cuantificados en las páginas web del partido. Los foros ayudan a mejorar a Podemos, fomentando la colaboración entre dirigentes y vecinos. Hay interacciones directas. “Se obtiene la materia prima con la que el liderazgo afina los mensajes que tienen mayor resonancia entre la población”, zanja el reportero.

Así se ha construido el relato de Podemos, un ingrediente fundamental, si no lo es todo, a la hora de garantizar la supervivencia de un partido. Una formación sin idea -sin una narrativa, sin nada que decir- está condenada a la desaparición. Los mensajes, además, se colocan en una posición enfrentada, rupturista, a los partidos tradicionales, de los que se desmarcan por completo. “No somos de izquierda ni de derecha”. Todo por un objetivo: convertirse en “una marca ganadora”.

Es un partido dominado por la juventud, pero no es un partido destinado a los jóvenes. Y eso demuestra el periodista al poner el foco en Jesús Montero, de 51 años, por entonces elegido como secretario municipal de Podemos en Madrid. Su biografía es reveladora: tras muchos años dedicados al Partido Comunista, abandonó la política desencantado y actualmente encuentra una nueva oportunidad, ilusionado con Podemos. Sostiene además una posición económica muy clara, aunque menos drástica que en su etapa de militancia comunista, en la que renegaba del capitalismo: ahora defiende que en un país con mucha desigualdad social, las políticas económicas deben paliar esta realidad. Otro postulado que comenta Montero es el énfasis que Podemos imprime a la interacción con los ciudadanos: la denominada ‘democracia participativa’.

Estos ejemplos no se usan de manera casual: son representativos del ideario de Podemos, revelan su programa político, que en aquellas fechas no estaba definido. Y ambos ideales se deben confrontar con la realidad, lo que vendría a ser las dudas y los terrenos del escepticismo. Son cuestiones que desliza el propio reportero, en un acto de intervencionismo. ¿Un grupo de entusiastas de la política puede hacer llegar las ideas a un país en el que la actividad política no es el principal interés de los ciudadanos? Y, en segundo lugar, delegar las grandes decisiones, o todas las decisiones, en la masa acarrea sus peligros, pues se basa en la mayoría de ocasiones “en la ignorancia o en la histeria colectiva”. Sería, añade, como encomendar soluciones en un vuelo de turbulencias a los pasajeros y no a los tripulantes. Tal vez el autor peca de severo ante el juicio del electorado, que a fin de cuentas justifica una democracia, pero, ciertamente, las cuestiones de estado entrañan dificultades no dominadas por el ciudadano de a pie.

Por último, en la parte final del reportaje, se presenta a Iñigo Errejón, el número dos del partido. Su figura es clave para desmenuzar a Podemos. Al igual que con Iglesias, el primer vistazo radiografía su fervor por la política –“como si fuera un fanático de Real Madrid”-, un joven de 31 años con aspecto de 16 y que luce unas gafas que le confieren “un aire a Harry Potter”. Y, seguidamente, el mensaje, que en el caso de Errejón es rotundo desde el primer día: “Izquierda y derecha son metáforas, son nombres nada más y no son eternos. Nosotros representamos el sentido común contenido en una identidad transversal y popular, frente a la oligarquía”, manifiesta el dirigente.

En una exploración profunda sobre Podemos no podía faltar tampoco Venezuela. Las simpatías que la formación morada siempre mostró hacia el régimen de Chávez –prolongado por Maduro- es el ataque constante desde que la formación vio la luz. Y Carlin también le cuestiona a Errejón por ello. ¿No choca con el ecumenismo que profesa Podemos?, le inquiera. La respuesta es vacilante acerca del modelo político, pero sí es tajante cuando compara ambos países: “Errejón no responde. ¿Vene... qué?, pero casi. Descalifica cualquier noción de que Podemos piense en replicar el modelo de Venezuela. ‘España no es un país como Venezuela, con petróleo. Es otra cosa. El Estado funciona, el PIB es mucho más alto, no viven pobres en la montaña sin luz’”.

Además, tratándose como el principal organizador del partido, “el verdadero genio de Podemos como dicen muchos”, la pregunta para Errejón se antoja obligada: ¿Cuál es el programa? No hay. Es prematuro, añade Errejón. La contestación evidencia el rápido, casi atropellado, crecimiento de la formación. Pero, a cambio, insiste en que hay una identidad narrativa, asequible para todos. ¿Son los caballeros de la mesa redonda que planean atacar el castillo negro? Casi, “porque aún falta mucho para llegar a las murallas, responde el número dos. Se discierne, a juzgar por las declaraciones, que hay una meta definida –ganar las elecciones-, y hay un inicio del camino bien sembrado –aglutinar el descontento general, aprovecharse de las tecnologías para ganar adeptos, pero todavía no se esclarece el grueso del proyecto –el programa electoral-. También hay tiempo para una advertencia: no quieren ser una quimera. “Esto no es la apología de la utopía”.

¿Y si todo falla y Podemos desapareciera vertiginosamente? “Si desaparecemos mañana le habremos dado una buena lección a los poderosos. Se les habrá metido miedo. Con su sola existencia, Podemos ha demostrado el deseo de la gente de regeneración democrática, ha destapado como nunca la necesidad de que los gobernantes rindan cuentas”. El corolario desprende un recado: la idea ha calado. Se trata de un cierre cerrado, de caso.

La narración es heterodiegética, en tercera persona, y se lleva a cabo desde una ‘focalización cero’, puesto que no hay una perspectiva concreta: el narrador está en todas partes. Como en la cabeza de Errejón, como así redacta Carlin: “Errejón es listo y lo sabe pero posee la suficiente humildad para no descartar esta posibilidad”. Eso también es una pista de que el narrador tiene una visión omnisciente, aunque es una nota que no predomina en el texto, donde se actúa como equiesciente.

El material empleado por John Carlin es prolijo, más si se tiene en cuenta que es el primer extracto de una publicación que reúne otros dos reportajes. Hay varios escenarios: el acto central en Barcelona, la sede del partido; engloba varios testimonios reveladores, como son las citas con Montero y con Errejón. Además, se citan datos –como la cifra de militantes conseguida a través de Internet- y la contextualización es constante en el texto. Las fuentes son todas directas y personales, conversaciones entabladas entre el periodista y los protagonistas. Y las ideas manejadas son múltiples: la imagen de sus dirigentes, el mensaje de comunicación, su público, el lugar de trabajo, las reflexiones de algunos de sus responsables máximos; las principales armas políticas del partido, sus ideales, así como la idea central del discurso y su objetivo para instalarse como marca ganadora; amén del escepticismo del programa electoral, de las incertidumbres de su futuro y las zonas débiles del partido, sin olvidar las expectativas previstas.

A todas luces la necesidad de profundizar en Podemos resultaba casi una obligación por parte de los medios de comunicación: había, y hay, una exigencia de comprender este fenómeno político, que entrañaba una simbología, una comunicación y una manera de actuar

políticamente insólita y novedosa en el panorama español. El valor informativo y su interés son, por consiguiente, máximos. Aunque los medios tradicionales han sido señalados por su visión siempre crítica ante Podemos y por la connivencia con los partidos tradicionales, la credibilidad del reportaje no se resiente en ningún momento, amparada en la independencia de John Carlin. No hay mala fe, sino curiosidad por saber; no hay negaciones contundentes, sino propósito de ser escéptico.

2.2.3. 'Locos por el 2000'

La efeméride del fin de año, década, siglo y milenio despertó un interés inusitado en todo el mundo. La publicidad se sirvió de ello para inundar eslóganes y campañas publicitarias, el periodismo vertió ríos de tinta dedicados a tan curiosa fecha y una minoritaria voz empezó a resonar con fuerza: el fin del mundo se encontraba próximo. Aquella amenaza –que era a su vez un temor– se concebía con la premisa de que los equipos informáticos, basados en el sistema binario, no estarían preparados para los nuevos guarismos y sufrirían fallos que desencadenarían en un colapso del sistema. Aquello recibió el nombre de 'efecto 2000'.

Con la perspectiva del tiempo podría parecer un asunto trivial, que no traspasó más allá de la categoría de mera anécdota, pero, ciertamente, incluso el Gobierno español intervino para declarar públicamente que España estaba lista para afrontar el nuevo milenio: "Todas las pruebas realizadas han sido satisfactorias, por lo cual es preciso emitir un mensaje de tranquilidad", aseguraba el entonces vicepresidente Fernández Cascos, tal y como recordaba el periódico online *Libertad Digital* (2010). Había que transmitir un mensaje de calma.

El fenómeno, de repercusión mundial –o más en concreto, para la población del planeta que se rige por el calendario gregoriano–, tuvo su impacto gradual en los ciudadanos: para muchos no dejaba de ser una mera inquietud técnica, pero otros vieron en el 'efecto 2000' un peligro más grave: las profecías apocalípticas se situaban a un paso de hacerse realidad. Para ellos, era una verdadera preocupación porque el fin del mundo se acercaba. Por eso, *El País* requirió a John Carlin la confección de un reportaje que indagara y profundizara acerca de ese pujante y llamativo fenómeno.

Antes de examinar el reportaje de Carlin, cabe aclarar que el fin de decenio y, por tanto, la conclusión de centuria y de milenio se produjo el 31 de diciembre de 2000, y no a finales de 1999. Pues si el primer número de una década es el 1, el último es el 10; de lo contrario, el primero sería un 0 y el último un 9. Además, si la fiesta por la venida del siglo XXI se celebrara en la navidad de 1999, nos situaría en un escenario falso de que el primer año de la década fue en 1990, lo cual equivaldría a admitir la existencia de un primigenio año 0: algo imposible desde el punto de vista del álgebra. El cronómetro del calendario gregoriano empezó a mover las manijas un primer día de enero del año 1; así, el primer día del tercer milenio del siglo XXI comenzó el 1 de enero de 2001.

El reportaje de Carlin se tituló 'Locos por el 2000' y se publicó el 21 de febrero de 1999 en la sección de Sociedad de *El País*. Todavía faltaban más de diez meses para la venida del año 2000; sin embargo, la inquietud ya se había consolidado. El texto contiene 22 párrafos que albergan 1.423 palabras. El subtítulo fue: 'Los extravagantes preparativos de la familia Milne, exponente de la preocupación que recorre EE UU'.

El titular, 'Locos por el 2000', no es oracional y deja a entrever cuál es el tema tratado en el texto. Denota, a priori, un fervor por el pintoresco año que se viene; aunque después, cuando

uno lee el reportaje, se desliza que la expresión 'locos' se utiliza porque atiende a motivos alejados de la razón y del pensamiento lógico. No es un titular tampoco creativo, pero sí es expresivo, conciso, claro, incluso preciso. Tal vez sea la mejor palabra para abordar el tema. Por otro lado, el subtítulo completa las carencias de identificación del titular. ¿Quiénes son esos locos? La familia Milne, cuyas acciones suponen un ejemplo representativo de una pesadumbre creciente en Estados Unidos.

El subtítulo, precisamente, revela el enfoque del reportaje: el seguimiento a una determinada familia, los Milne, se erige como muestra clarividente de lo que está sucediendo. El objetivo, así pues, persigue conocer sus argumentos, descubrir sus motivaciones, para escudriñar sus causas y anticipar las consecuencias. Hay, en definitiva, unas dudas que resolver. ¿Cómo se puede vivir sin la tecnología? ¿Qué hay que hacer para sobrevivir al desastre? ¿Por qué creen que todo se acaba? ¿Qué medidas han tomado? ¿Qué opinan de los demás?

El final de la entradilla es chocante, atenta con la razón. El autor comienza detallando lo que significa el 'efecto 2000' en Estados Unidos y señala las primeras reacciones de algunos estadounidenses: la mitad de la población tiene previsto retirar dinero del banco unos días antes, mientras que un tercio hará acopio de alimentos. Termina ilustrando, en el caso más extremo, a una familia que se ha trasladado a una granja situada a las afueras de la gran ciudad, convencidos de que el desastre tecnológico encaminará al mundo a la Edad de Piedra. Lejos del bullicio, esta familia, "lo tiene preparado para autoabastecerse y encargarse de los peligros que presagia la hecatombe", redacta Carlin. ¿Qué fundamento, basado en argumentos rigurosos, puede conducir a número de personas a creer que el apocalipsis arriba con la entrada al año 2000?

La historia parece propia de la ficción, dúctil para la trama de un filme o el argumento de una novela. Pero lo que Carlin cuenta a lo largo del reportaje es veraz. Se trata de un caso real, porque, como explica a continuación, los Milne han construido un reducto a 350 kilómetros de la capital del país, donde residirán los cinco hijos, así como otros miembros familiares y dos amigos. Y nada los detiene, como asegura Paul Milne, el patriarca, y que lo tiene muy claro: "'Corréis peligro. Mirad, detrás de vosotros viene un autobús. Pero si no escuchan, si no se dan la vuelta, allá ellos; que se mueran'".

Carlin traza de esta forma el escenario del tema en el segundo párrafo, en el que también se plasman las declaraciones de intenciones. Algo que vuelve a reflejar en un solo párrafo, el tercero, centrado en las palabras de Paul: "Luego están los que me dicen: 'No te preocupes, nos las arreglaremos. Todo se resolverá'. Esas personas están locas. No se dan cuenta de que van a morir. Creen que va a venir el Séptimo de Caballería. Y no es así".

El esbozo del personaje está presentado. El autor termina de completar el primer retrato indicando que el protagonista fuma en un banco situado enfrente de su casa, cuyo edificio describe, y que está ubicada a 15 kilómetros de la localidad más cercana. E incluso añade que ha aprendido a matar animales. Sin duda, este reportaje cumple una función exclusivamente mostrativa: hay poco que explicar y mucho, mucho, que mostrar.

El estilo de vida está en las antípodas de Nueva York: su rutina ha dado un vuelco. Carlin describe la cantidad de comida que han almacenado los Milne. Guarda cereales, azúcar, maíz, legumbres y levaduras; hay comida para alimentar a 15 personas durante dos años. En el ganado tiene pollos, conejos y una cerda, además de una vaca, de la que puede sacar leche. Puede cultivar verduras, como lechugas o tomates. Y hay dos pozos para recoger agua y

“suficiente leña para cocinar y mantener caliente a su familia en invierno”. Es decir, la familia se ha mentalizado para vivir con recursos básicos, como si de otra época se tratase. “He hablado con algunas de las personas más ancianas de la región para aprender algunas técnicas de agricultura y cocina del siglo XIX”, comenta Paul. ¿Y si hay problemas de salud? También hay aparatos quirúrgicos y el patriarca fue médico durante la guerra de Vietnam. Está listo para hacer frente a cualquier incidencia. Nada se escapa a los Milne.

Hasta aquí, el reportero ha exhibido el modo de vida de esta familia. Es el momento de conocer algunas claves. ¿Es la mente de un demente quien ha ideado toda esta salida? O más concreto, ¿es una persona con poco bagaje cultural, pobre de formación e influida por la superstición la que ha llegado a este punto? En absoluto. “Milne (...) es un hombre de gran formación. Posee un título en griego y hebreo antiguo, es un ávido estudioso de la lingüística y, cuando habla, cita con frecuencia a Kierkegaard y Oscar Wilde”, reseña Carlin antes de agregar: “Es una base de datos ambulante sobre el estado de la economía mundial, una información que obtiene, sobre todo, gracias a su devoción casi fanática por Internet; pasa la mayor parte del día absorbiendo datos y comunicándose con almas gemelas”.

Nada de esto debe llevar a una situación muy externa, por lo que hay más preguntas que plantearse. ¿Cómo alguien así está convencido del desastre? Para el temeroso granjero, la economía es la principal amenaza. “Cuando trabajaba en el sector de las materias primas, se me ponían los pelos de punta. Me parecía obscuro con qué facilidad se obtenían créditos”, dice, en lo que parece una predicción de la crisis económica de 2008, salvando las distancias. “Llega un momento en el que la capacidad sobrepasa a la demanda, los bienes de consumo son todavía más superfluos de lo que ya son y uno no puede hacer frente a sus deudas”. O sea: “el derrumbe no es más que cuestión de tiempo”.

Leyéndole, se constata que es un juicio cuerdo y basado en argumentos probados, pero que dicta un remedio catastrofista. El sistema financiero es vulnerable, como arguye y como se ha demostrado años después; y las consecuencias fueron devastadoras, cierto. Pero el mundo occidental continúa rebelándose y, de momento, la tierra rueda, se podría añadir. Nunca llegó el fin del sistema que Milne preveía.

Hay un motivo más: el Gobierno engaña, afirma Milne. “El Gobierno federal nos miente cuando dice que todo se va a arreglar de la noche a la mañana”. Y el problema se expandirá a todos los países, debido a que es un mundo “interdependiente”. En su análisis geopolítico, expone que Japón es “una zona catastrófica, al igual que China, y en Rusia “no existe el presupuesto necesario para ocuparse del problema”. Así, “cuando el resto del mundo se hunda, Estados Unidos se hundirá con él”.

Todo tiene una explicación, localizada en la naturaleza humana: “La gente se niega a creer lo que está pasando. Si tienes un trabajo cómodo, una casa agradable y un futuro próspero y viene alguien a decirte que va a suceder una cosa que te va a cortar las alas, no puedes tolerar la idea. No la puedes aceptar”.

¿Y cómo se desencadenará el desastre? Carlin redacta la predicción del protagonista: “El 60% de los problemas surgirán antes del 31 de diciembre. Primero serán las repercusiones económicas; después, el deterioro de los centros de energía como la electricidad y el agua (...). Luego, los aviones se estrellarán, el sistema médico se derrumbará (...). Miles de millones de personas morirán”. Y concluye: “De aquí a dos años Nueva York se parecerá a Beirut”.

Mientras el caos se apodera del planeta, los Milne sobrevivirán, sostiene Paul, que no tendrá problemas en dar de comer a quien se acerque a su granja pidiéndole ayuda. Pero avisa: “Si alguien cree que va a poder violar mi propiedad privada, no sabe lo que le espera. He

hecho sacrificios y estoy preparado. Estoy perfectamente armado. Pistolas, rifles, ametralladoras. Tengo suficiente munición para varios años. Y seremos media docena de hombres hechos y derechos”.

El cierre no da pie a un final abierto: concluye la historia. Lo hace mostrando el último esbozo de su personalidad, que muestra con las palabras del protagonista del reportaje: "Si es necesario, mantendremos turnos de guardia toda la noche. Lo que tendré que decidir es si no disparo”, recoge Carlin antes de deslizar las últimas palabras de su Paul Milne: “Porque si veo a alguien merodeando entre los árboles, es hombre muerto. Si le encuentro en mi propiedad después de que se ponga el sol, primero morirá y luego preguntaremos”.

El británico ha utilizado la tercera persona en todo momento, con una narración heterodiegética y desde una perspectiva externa. La visión es, además, equiescénica. Todos los materiales utilizados por el autor para la elaboración del texto son los propios de un reportaje *in situ*, con vocación mostrativa. Hay un escenario, que pisa sobre el terreno, y un testimonio, un único protagonista, que se convierte en la fuente. Sobre estas dos piezas gira toda la publicación. También se emplean datos, como los que señala en la entradilla; el resto de cifras proceden de las palabras del Paul Milne. Las ideas que traza el reportaje son las incertidumbres humanas, el miedo ante lo incierto y la desesperación del hombre.

Es un reportaje sumamente limpio, en el que Carlin describe, cuenta y relata sin interferencias personales, en un estilo aséptico, sin juicios. Las conclusiones quedan para la reflexión del lector. Por momento es desternillante, por la fuerza de las palabras de Milne; por otros, es desolador, por lo que transmite su testimonio. No era un caso aislado, no fueron solo los Milne quienes temieron que el fin de mundo estaba a un paso: miles de norteamericanos lo creían. Por eso, el reportaje estaba justificado, era relevante, y sobre todo, reunía una gran dosis de interés humano.

2.2.4 “Me pregunto si no es mejor estar muerto”

La guerra de Iraq, cuya invasión duró poco más de dos meses, había finalizado hace tres años, pero las tropas estadounidenses se mantenían sobre el territorio ocupado; por lo que aseverar que el conflicto había terminado constituía el enunciado de una falacia. Por tanto, los estragos de sus consecuencias permanecían vigentes: un país derruido y roto, asolado por los enfrentamientos entre milicias insurgentes y soldados occidentales desplazados a Oriente Medio, así como por las disputas bélicas entre suníes, chiíes, kurdos. Iraq era un caos, un estado fallido y devastado por la violencia.

El debate público de Occidente versaba en torno a la falta de legitimación de la ocupación militar, justificada por la presencia de presuntas armas de destrucción masiva en Iraq; Estados Unidos y la administración Bush se encontraban en el punto de mira por su gestión del conflicto. Sin embargo, mientras se sucedían los reproches y las críticas, la contienda bélica ya mostraba sus terribles secuelas: la guerra, sinónimo directo de la máxima expresión del horror, deparaba para Norteamérica más de dos millares de fallecidos y más de 15.000 soldados heridos. Son las víctimas de la contienda; el precio humano que se cobra el transcurso de una guerra.

El periódico *El País* envió en 2005 a John Carlin a un hospital militar estadounidense para conocer los testimonios de los militares heridos gravemente en la guerra. ¿Cómo resultaron abatidos? ¿Cuál es su situación personal? ¿Qué reflexiones extrae sobre su experiencia en Iraq? ¿Cuál es la otra cara que la guerra no muestra? ¿Se arrepienten? ¿Creen

que lucharon por una causa justa? El tema del reportaje solicitado a Carlin trazaba por revelar la agonía del militar caído en combate y conocer su historia en primera persona para poner de manifiesto los efectos de las guerras en sus principales actores.

El enfoque de la publicación se situó sobre un centro médico militar ubicado en San Antonio (Texas), donde miles de combatientes estadounidenses se recuperaban de sus graves heridas. Muchos de ellos sobrevivían a malas penas. Abarcar a todos los militares caídos puede ser una misión utópica para un reportero, pero no si el trabajo periodístico se centra en un lugar determinado. El propósito del reportaje es poner voz, citar nombres y apellidos y desvelar las vivencias de las víctimas. Con este cometido, Carlin se dirigió al centro Brooke.

El *País* publicó el 26 de diciembre de 2005 en la sección de Internacional el reportaje de John Carlin sobre los soldados estadounidenses que resultaron heridos cuando combatían en la guerra de Iraq. Se tituló “Me pregunto si no es mejor estar muerto”, se insertó bajo el epígrafe ‘Violencia en Iraq’ y con el siguiente subtítulo: ‘Los 15.000 soldados estadounidenses heridos son los grandes olvidados de la guerra de Irak’. El texto, que reunía un total de 3.164 palabras, se presentó en 30 párrafos.

La cita del titular es poderosa: se trata de una confesión desgarradora, pronunciada por alguien que se plantea si la muerte es preferible a continuar viviendo en miserables condiciones de vida. Esta vez es un titular oracional y declarativo. Se trata, además, de una frase clara y concisa, que recoge todo el sentir del reportaje. Aunque no es identificadora, porque no indica quién afirma la aseveración: una ausencia recriminable en el titular de una noticia, nunca en un reportaje. Esa tarea complementaria la cubre el subtítulo, que pone sujeto al dueño de la afirmación e indica el tema del reportaje: ‘Los 15.000 soldados estadounidenses heridos’. Al enmarcar el texto que le precede también detalla explícitamente el porqué de este reportaje: ‘... son los grandes olvidados de la guerra de Iraq’.

El reportaje comienza citando tres nombres: Crhistian Bagge, Chang Wong y René Martínez. Son hombres que se recuperan de sus graves heridas y mutilaciones en un hospital militar, redacta Carlin; son algunos de los más de 15.000 soldados estadounidenses heridos desde el estallido del conflicto en Iraq; son, en definitiva, los tres protagonistas de la historia. Ellos no se cuestionan, prosigue el autor del reportaje, si la actuación militar estaba justificada o no: ese planteamiento no les serviría de ayuda para recuperar sus miembros segados por la metralla. Aunque uno sí da un motivo: “La libertad para el pueblo iraquí”.

No es una entradilla realmente creativa, aunque sí bien escrita y poderosamente reveladora. Ilustra una realidad que probablemente muchos desconocen o pasan desapercibida, porque los heridos no ocupan el eje central del debate, que, como desliza Carlin, discurre preocupado por la legitimación de la intervención bélica en el conflicto. Una guerra conlleva muertos, sí, pero también heridos, muchos heridos. Y suman una lista más amplia, y en condiciones infames: mutilados, quemados, rotos psicológicamente.

Los sargentos Bagge y Wong perdieron las piernas y el cabo Martínez perdió la cara. Los tres combatientes fueron atacados por potentes bombas caseras, continúa escribiendo Carlin, que poco a poco va relatando la historia de los tres. “Ignorados por el gran público”, describe antes de añadir. “Son también la prueba vivida y dolorosa de la conclusión de un estudio militar interno que revela que el 28% de los veteranos de Iraq necesita atención médica o psicológica”. Y zanja: “Bagge, Wong y Martínez han tenido enorme necesidad de ambas cosas”.

Tras los dos primeros párrafos, el texto adopta una estructura distinta: cuenta en primer lugar la experiencia de Bagge, a la que dedica 10 párrafos; continúa narrando la historia de Wong, que se entrecruza con el testimonio de Bagge; se incorpora un nuevo protagonista, el relato de un soldado que sufrió quemaduras en el 97% de su cuerpo; y narra el recuerdo de Martínez. Por último, el reportaje combina los tres casos en su parte final.

La función que desarrolla Carlin es mostrativa, como se evidencia en todo el texto. Observa y describe, recopila y detalla, escucha y traslada. Su labor discurre como un testigo que anota para posteriormente narrar en el reportaje. Hay una necesidad de destapar, de dar a conocer, más que de explicar ideas y conceptos en el reportaje.

La voz narrativa es heterodiegética, aunque en un momento concreto adopta la primera persona del plural: “Hablamos en un sitio en el que muchos otros soldados heridos llevan luchando mucho tiempo”, redacta Carlin. La perspectiva es ‘focalización cero’: porque si bien narra de forma aséptica las escenas, recogiendo las palabras; en ocasiones, el periodista intenta adivinar los pensamientos de los protagonistas. Por instantes, el reportero asume una posición omnisciente.

El primer testimonio es el sargento Christian Bagge. Tiene 23 años y se muestra optimista. Dice que todavía piensa que se va a despertar y se encontrará con que todo ha sido un mal sueño. Se casó entre dos misiones en Iraq y pasó “la luna de miel en Las Vegas antes de dirigirse al lugar más aterrador del mundo”. Seis días antes de que se cumplieran tres meses de la boda, un explosivo estalló bajo el vehículo blindado que conducía. Tuvieron que amputarle las piernas por debajo de la rodilla.

Se alistó sin entusiasmo al ejército, motivado solo por la necesidad de obtener una formación universitaria gratuita, pero acabó cautivándole la rutina del soldado en Iraq: “Había tensión constante. Patrullábamos mucho a pie, registrábamos supuestas aldeas terroristas. Saltábamos de helicópteros, irrumpíamos en los pueblos y echábamos puertas abajo”, rememora el joven. “Estabas muy asustado, pero te aficionabas a la excitación. No puede haber nada más emocionante en la vida”.

Es creyente, pero sus palabras “apuntan a una profunda desilusión cuando recuerda los detalles de lo que pasó, aunque su tono de voz no es resentido”. Eso sí, no protesta abiertamente por “la sucesión de desgracias y errores de juicio que desembocaron el incidente en el que perdió las piernas”, tal vez porque sabe que está hablando con un periodista, matiza Carlin, quien transcribe el relato de cómo sucedió el percance que le condujo al soldado a perder las piernas y acabar en un hospital. Fue un cúmulo de casualidades: “Se suponía que no debíamos estar patrullando a una hora tan tardía de la noche, se suponía que no debíamos estar en aquella parte del desierto, se suponía que yo no debía conducir”, explica Bagge. “Sin embargo, todo eso pasó”. La reconstrucción de los hechos es minuciosa: el soldado lo recuerda todo: desde el eterno silencio que prosiguió a un ruido tremendo, pasando por las respuestas de sus compañeros ilesos mientras él comenzaba a dar alaridos, hasta que se dio cuenta de que estaba atrapado en una amasijo de instrumentos del vehículo.

A su lado se encuentra su mujer, Melissa, como traza el reportero. Cuenta que a diferencia de su familia, ella vivió aterrada los días en que su marido estaba destinado en el país asiático. “La mayoría de la gente oía ocasionalmente en los informativos las noticias de soldados que morían en Iraq, pero no tenían ni idea de que muchos volvían heridos”, reconoce Melissa. En la noche trágica, recibió varias llamadas, a cada cual peor: la primera le informaba de que habían imputado un dedo del pie; la segunda le indicó que habían imputado las dos

piernas; y una tercera le señalaba que le habían imputado un brazo, aunque finalmente eso no ocurrió.

Ahora, ella escucha a su marido, redacta el reportero, “como si estuviera acostumbrada a oírle hablar así, oscilando entre la frustración y la necesidad de sacar algo de permanente valor del sacrificio de sus piernas”, como intuye el reportero, quien describe que la sala, cuya “atmósfera pretende ser alegre”, está decorada con fotografías de soldados mutilados que practican el tiro con arco o esquían en la nieve. Algunos enfermos dan sus primeros pasos sobre “una patas metálicas y largas, de alta tecnología”. Hoy es el turno para que las pruebe Bagge.

En esa misma habitación, un joven soldado “flaco y de rostro triste” se sostiene con dificultad sobre dos patas metálicas, acompañado del brazo por una mujer. Se llama Chang Wong, el segundo protagonista del reportaje, y la mujer es su madre. Oriundos de Malasia, viajaron a Estados Unidos cuando él tenía dos años, “en busca del sueño americano”, añade Carlin. Ahora pedalea una bicicleta estática con las nuevas piernas. “No me sirve de nada quejarme de mi destino”, responde Wong a la pregunta de si se arrepiente de haberse alistado. “Tengo que ver el lado bueno. Estoy vivo. Muchos otros han muerto. Muchos otros están peores que yo”.

El reportaje vuelve por un instante a Bagge, que coincide con Wong. Afirma que en la Unidad de Quemados se ven cosas mucho peores que aquí. “A veces, me pregunto si no es mejor estar muerto”, comenta Bagge, en la que es la frase del titular. Hace referencias a historias como la de Merlin, un soldado de 19 años ingresado en cuidados intensivos que sufrió quemaduras en el 97% de su cuerpo tras una explosión. Solo quedó indemne la planta de los pies. Cuentan, además, que en uno de los pocos momentos de lucidez que tiene, pidió a un enfermero que le consiguieran la película *Scarface* (Cara-cortada), protagonizada por Al Pacino.

El tercer personaje es José René Martínez, que observa a algunos heridos de la unidad de quemados. Él ya ha pasado por eso. Ha sido intervenido en 33 operaciones quirúrgicas. Una bomba le quemó el rostro en Iraq: “Mi madre vino al hospital y cuando se asomó a la ventana dijo: ‘No, ése no es mi hijo’”, revela Martínez.

Tiene un agujero donde estaba la oreja izquierda, pero “tiene labios, una nariz pequeña y, lo más milagroso, tiene párpados. Durante tres meses no los tuvo. Hicieron falta siete operaciones para colocarles unos que funcionarían”, detalla Carlin sobre Martínez, cuya madre es de El Salvador. El reportero añade que es fuerte, con voz segura; no se siente confuso a diferencia de Wong, ni alberga ambigüedad como Bagge. “La primera vez que me vi en el espejo, mi reacción fue sentirme furioso, negarlo, esto es un mal sueño, por qué yo”, dice, matizando al instante: “Pero lo que nunca hice fue arrepentirme de haber entrado en el ejército o de haber ido a Iraq. Sigo estando orgulloso de ello”.

“No todo el mundo tiene la misma actitud que yo, por supuesto”, continúa Martínez, que viaja por todo el país para dar discursos de motivación, con la misión de levantar la moral a los heridos como él. “Pero es una etapa que hay que superar. Cada uno tiene su vida y hay que sacar el mejor provecho posible”. Él lo tiene muy claro: “Incluso me alegro de que ocurriera esto. Prefiero a este JR (José René) que habla que al que era antes. Me siento mucho más rico. Mucho mejor como ser humano”.

¿Y qué opinan los tres combatientes acerca de la guerra en Iraq? El respaldo de Martínez es absoluto: “La apoyo por toda la libertad que tenemos en EE UU”, dice, profundizando una

idea que el autor ya trasladó en la entradilla del reportaje. “¿Le gustaría vivir en la situación de los iraquíes? ¿No tener ni libertades ni derechos?”, añade. En cambio, Bagge no se expresa tan contundente sobre la opinión de los iraquíes. “Los kurdos se alegraron de ser liberados, pero en las comunidades árabes había que estar vigilantes en todo momento. A veces nos invitaban a tomar el té, pero un segundo después te apuñalaban”. Y para Wong, los iraquíes se pueden dividir en: “Buenos, que son los amigos; y malos, que son unos buitres. Siempre nos estaban pidiendo golosinas y cosas. Buitres, sí. Esa es la palabra”, reconoce.

Bagge representa el escepticismo dolido de un soldado que ha reflexionado mucho en soledad, golpeado por una realidad que jamás le devolverá todo lo que tenía antes de embarcarse en el conflicto. No ha alcanzado la paz interna que logró Martínez. Se queda con los buenos momentos, como aquel “grandullón, paleta y terriblemente homófobo Richard Chande que le tuvo abrazado mientras esperaba, ensangrentado a que llegara el helicóptero de auxilio médico”. ¿Mereció la pena? Carlin responde así: “No le gusta admitirlo, porque es un soldado, repite, y es consciente de las repercusiones de sus palabras. Pero las dice, de todas formas”. Es este el momento en el que la posición del reportero es omnisciente.

Así, el corolario del reportaje, el párrafo final, son las propias palabras de Bagge, reproducidas literalmente:

“Debo tener cuidado con lo que digo, porque quiero ser profesional, pero la verdad es que no estoy seguro sobre el precio que he pagado, porque los motivos de la intervención militar de Estados Unidos en esa parte del mundo han sido confusos. ¿Cuáles han sido? Primero íbamos a capturar a Bin Laden en Afganistán; luego, las armas de destrucción masiva y Sadam Husein; y luego, la libertad. Tengo que escoger uno. Así que escogeré la libertad, supongo. Sí, eso. La libertad para el pueblo iraquí”.

El reportaje es una retahíla de testimonios, bien narrados y bien retratados, de las víctimas. Adoptando la función mostrativa, el reportero describe el ambiente del lugar y, sobre todo, transmite las sensaciones de los soldados: sus dudas, sus remordimientos; sus dolorosos recuerdos, en suma. Afrontan un calvario que unos soportan con optimismo; otros, con desconfianza. Las ideas detalladas son precisamente esas: los sentimientos de los hombres que han conocido el abismo del dolor del ser humano.

Las revelaciones son contadas a través de fuentes directas, sin intermediaciones, en un encuentro entre el periodista y la víctima. La experiencia de uno de ellos sobresale, la historia de Christian Bagge, con un mayor espacio dedicado y justificado por la relevancia de las declaraciones del personaje. Hay además confrontación de pareceres: no todos opinan lo mismo, lo que da más valor al texto periodístico. Y también están sus familiares y allegados, como la esposa de Bagge, lo que amplía aún más el punto de mira del reportaje: no solo se descubre lo que piensan los afectados por la guerra, sino también lo que sienten sus seres queridos.

El interés humano es máximo, como no puede ser de otra forma en un reportaje que narra la condición humana. Con un holgado grado de credibilidad, apoyado en la firma del reportero, John Carlin firma un reportaje necesario: una lectura que invita a la reflexión, incapaz de pasar desapercibida, y que se muestra además inalterable al paso del tiempo. Las desgarradas voces de los heridos, protagonistas olvidados por todos, siguen teniendo vigencia hoy día, trece años después de la guerra de Iraq.

3. CONCLUSIONES

Después de la introspección de la obra periodística de John Carlin, quien firma este Trabajo de Fin de Grado queda ante todo colmado de buenas lecturas, que sobresalen porque son relatos muy bien contados. Porque lo primero que subyace en los textos periodísticos del británico es el reflejo de una excelente prosa, con una capacidad portentosa para narrar historias y personajes surgidos de la realidad.

La fama precedía a John Carlin. Los comentarios que derrochan sobre el británico algunos de los célebres periodistas españoles también suponen una prueba más de la valía del reportero inglés y de su reconocido prestigio en el periodismo nacional. El catalán Enric González, que trabajó durante casi tres décadas en *El País* y ahora lo hace en *El Mundo*, opina que es un periodista “magnífico”, según respondió en un encuentro digital con *El País* en 2009. Y añade: “Es uno de los que juegan la Champions del oficio. Su libro *El factor humano* contiene varias de las mejores páginas que se han escrito nunca sobre el rugby y sobre el deporte en general. Vale la pena leerlo”.

Por otro lado, el crítico de cine y siempre ácido Carlos Boyero, ahora en *El País* después de muchos años en *El Mundo* –un camino inverso al de Enric González- comenta que lee con “enorme placer cualquier artículo que lleve la firma de John Carlin”, según aseveró en otro encuentro digital –en el año 2012- para *El País*. Y agrega: “Es un todoterreno. Es un periodista muy bueno. Lo que escribe destila inteligencia, conocimiento, estilo y gracia”.

Todos los textos analizados en este trabajo coinciden en la claridad de la escritura del reportero británico: nunca es farragosa ni alambicada, sino ágil y amena. Hay una exposición de ideas desarrollada de forma clara y armónica, en la que huye de los lugares comunes. Se desprende además que ha sabido adaptarse a las exigencias del narrador. Cuando la historia ha requerido un punto de distancia, él ha optado por un papel equiescente, como en el caso de ‘Locos por el 2000’, pero cuando el relato pedía más implicación, él también ha sabido modular hacia una posición omnisciente, como ocurre en ‘Los caballeros de la Mesa Redonda’.

El periodismo narrativo encuentra en John Carlin algunas de sus cualidades, aunque no todas. Ciertamente, la importancia del interés humano es una constante en todos los reportajes. Pese a que el enfoque parte de un interés público, siempre acaba derivando en la vertiente personal. Hay una necesidad por conocerlo todo, casi al máximo detalle, en desentrañar la condición humana: ya sea en un asunto político, como en el caso de Podemos, o bien en una situación de calamidad, como son las víctimas de las guerras.

No obstante, Carlin se diferencia con respecto a los cánones de quienes practican el llamado periodismo narrativo en que sí atribuye la obtención de información. Para el británico no suponen una merma en la narración del relato; al contrario, coloca con tino las citas para que la historia no pierda ritmo, pero tampoco credibilidad. Son fuentes personales y atribuidas de forma directa. En este sentido, Carlin difiere de los autores que sí omiten la procedencia de las fuentes, un signo que le hace perder puntos para ser considerado miembro de la escuela narrativa, pero que le convierte en mejor periodista.

El trabajo sobre el terreno es otra de sus armas. Carlin viaja hacia el lugar de los hechos, que descubre e investiga. No es un periodista trabajando con un teléfono, sino un reportero conversando y preguntando *in situ*. La consecuencia es que los reportajes ganan en

credibilidad. La exposición de los hechos adopta formas verosímiles, por la viveza del testimonio. Al igual que ocurre en las descripciones de escenarios, que se narran con precisión. Carlin pone de manifiesto en sus textos motivos concluyentes para deducir que ha trabajado sobre el terreno, que ha contactado con los testimonios y que ha relatado los sucesos sin desviaciones.

A la vista de los reportajes analizados, Carlin acepta su misión de redactar relatos mostrativos cuando la ocasión lo reclama, así como asume una tarea explicativa en las historias que buscan ser comprendidas. La combinación de ambas funciones convierte a Carlin en un reportero completo y versátil.

Además, deja patente su sensibilidad y su respeto al abordar tanto cuestiones de extrema gravedad como fue la guerra de Iraq como asuntos livianos, casi triviales, como supuso el 'efecto 2000'. Los reportajes no infringen actos condenables ni se colocan en posiciones recriminables. Y todos cumplen con la premisa prometida: miran más allá de la superficie de la noticia y se sumergen en las profundidades de los acontecimientos.

Por consiguiente, el factor cualitativo de Carlin se sustenta sobre los tres elementos que determinan la calidad de un reportaje: la credibilidad se sostiene en todos los reportajes analizados; la comprensibilidad es otra constante, con historias relatadas con claridad y contextualizadas y el estilo personal de Carlin, que no se enreda con el lenguaje y enlaza bien sus contenidos, es otro de sus sellos. Asimismo, mantiene un equilibrio entre el cuidado de la escritura y la investigación periodística.

Este trabajo reflejaba que una labor periodística sobresaliente comporta la mejoría cualitativa de la calidad del medio de comunicación. La reputación de un medio se basa sobre un historial de credibilidad que cimientan sus reporteros a diario. Por tanto, la función de los periodistas se revela crucial ante el prestigio un medio de comunicación. El periodismo, que se encuentra absorto en una crisis de su modelo como industria, no debe renunciar a sus principales valedores mientras prosiga su tortuoso camino hacia la rentabilidad de los nuevos tiempos. Un diario puede vender más ejemplares sin John Carlin, pero, sin duda, será un peor periódico.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Núñez y Del Teso (2005): *Leer en español*. 267.
- Arroyas Langa, Enrique (2003): *Redacción Periodística*. Murcia. UCAM. 85-88.
- Arroyas Langa, Enrique (2011): *Reportajes y Entrevistas*. Murcia. UCAM. 25, 27, 57, 60-65.
- Bastenier, Miguel Ángel (2014-16): Twitter.
- Basallo, Alfonso (2015). *Neupic*. Entrevista a Jorge Bustos.
- Borrone*. Portal web. '¿Qué es el reportaje?'
- Boyero, Carlos (2012): *El País*. Encuentro digital.
- Carlin, John. Página web personal del periodista y escritor británico: johnncarlin.es
- Carlin, John (2016): *El País*. Artículo 'Bye bye, Independent'.
- Carlin, John (2013): *El País*. Óbito 'El hombre que liberó a la Sudáfrica negra'. 2, 3 y 4.
- Carlin, John (2013): *El País*. 'Mandela y su carcelero, el señor Brand'.
- Carlin, John (2016): *El País*. 'Especial 40 aniversario'. 64.
- Carlin, John (2012): *La tribu: El fútbol visto desde el córner inglés*. 8.
- Chillón, Albert (1994): *La literatura de fets*.
- Contreras, Patricio (2015): *Puro Periodismo*. Entrevista.
- Corominas i Julián, Jordi (2009): *Literaturas*. Entrevista.
- Echevarría Llombart, Begoña (1988): *Las W's del reportaje*. Valencia. CEU. 23.
- Élmer L. Menjívar (2016): *El Faro*. Entrevista.
- El Mundo* (2002): *El libro de estilo*. 46.
- El País*: hemeroteca digital.
- Diezhandino Nieto, María Pilar (2003): *Introducción al reportaje*. Madrid. Universidad Carlos III. 11
- De Foncuberta, Marc (1993): *La noticia*. 104-105.
- Dovifat, Emil (1959). *Periodismo*. 22.
- García Márquez, Gabriel (1996): *El País*. 'El mejor oficio del mundo'.
- González, Enric (2009): *El País*. Encuentro digital.
- Grijelmo, Alex (1997): *El estilo del periodista*. 22, 111, 432-445.
- Lorenzo Gomís (1989): *Teoría de los géneros periodísticos*.
- La Voz de Galicia* (2002). *El libro de estilo*. 15 y 38.
- López Pan, Fernando (1995). *La columna periodística*. 23
- MacHale, Des (2008): *Las mejores frases de todos los tiempos*. 233.
- Maciá Barber, Carlos (2007): *El reportaje de prensa*. 13.
- Maciá Barber, Carlos (2008): *La depauperación del reportaje en las redacciones se bosqueja en el aula universitaria*. 6.
- Marcos, Javier (2013): *El ibérico*. Entrevista.
- Martín Vivaldi, Gonzalo (1993): *Géneros periodísticos*. Paraninfo, Madrid. 65.

Martínez Aguinagalde, Florencio (1997): *Del uso de la entradilla en los textos periodísticos informativos e interpretativos*. 69.

Martínez Albertos, José (1982). *Redacción Periodística*. 314.

Menéndez, Alfredo (2016): Radio Nacional de España. Entrevista.

Millás, Juan José (1999): *El País*. Artículo 'Palabras'.

Moreno Espinosa, Pastora (200). Revista *La Latina*. 'Géneros para la opinión: el comentario o columna'.

Muñoz, José Javier (1994): *Redacción Periodística. Teoría y práctica*. 135.

Patersson, Carlos Miguel (2003): *El buen reportaje*. 56.

Persánch, J. M. (2009): Revista digital *Sarasuati* 'El auge del columnismo'.

Del Río Reynaga, Julio (1991). *Periodismo Interpretativo*. 54.

Rodrigo, Martín (2010): Revista *Esquire*. Entrevista. 52.

Roma, Pepa (2000): *De profesión, periodista*. 71.

Rovirosa, Josep (2012): *La Vanguardia*. 'Información y opinión'.

Sancho, Francisco Javier (2009): Ciper Chile. Entrevista. Centro de Investigación Periodística.

Serrano Cabezos, Rubén (2015): *La revista Panenka como alternativa al consumo de información en papel*. Murcia. 26.

Sostres, Salvador (2014). Blog *Guantánamo (El Mundo)*. Artículo 'Pedro Jota y yo'.

Tijeras, Ramón (2013): Artículo 'Periodismo narrativo y no ficción'. Revista *Comunicación* 21, número 4.

Videilla, Rafael (2010): *20 Minutos*. Entrevista.

Villareal, Héctor (2012): Revista *Replicante*. Entrevista a Leila Guerriero.

Vocento (2003): *Libro de estilo*. 40.

Yanes Mesa, Rafael (2004): *La Latina*.

ANEXOS

A continuación, en este apartado de Anexos, se reproducen los textos íntegros del periodista John Carlin publicados en el diario *El País* y analizados en ese trabajo: son los cuatro reportajes utilizados como objeto de estudio.

‘Visita a Sittingbourne, la ciudad que replica el resultado electoral nacional’

Sittingbourne queda a solo una hora en tren de Londres, pero me pareció otro país. Caminando por las calles de esta ciudad de 45.000 habitantes, a pocos kilómetros del mar del Norte, no oí a nadie hablando español, o ruso, o árabe. Para mi desconcierto como londinense, todos hablaban inglés. De cada cien personas solo una era negra y ninguna mujer vestía el velo o el burka. La gente no bebía café latte en un Starbucks; tomaba té o cerveza en el pub.

Esta es la Inglaterra de los clubes de bingo y los fish and chips, congelada en el tiempo, inmune a las manifestaciones más obvias de la globalización, nada que ver con el Babel de la capital. Pero la circunscripción a la que pertenece Sittingbourne tiene algo que la distingue: el resultado electoral aquí ha sido idéntico al resultado nacional en las cuatro elecciones generales británicas celebradas desde 1997. Tras tres victorias laboristas seguidas, en 2010 ganó el Partido Conservador. En un reflejo de la nueva tendencia nacional, hoy el partido antieuropeo y antiinmigrante UKIP representa una amenaza al duopolio tradicional.

Nada más salir de la estación de Sittingbourne vi una pancarta gigante dominada por la imagen del líder de UKIP, Nigel Farage, con un mensaje que decía: “Solo UKIP puede controlar nuestras fronteras”. Roger Truelove, militante laborista que fue presidente del partido local durante 15 años, me reconoció mientras tomábamos té en su casa que el mensaje calaba, que UKIP podía llegar a ganar este escaño. “Se trata de un fenómeno curioso que vemos a nivel nacional”, dijo Truelove. “Los votantes le tienen más miedo a los inmigrantes no en una ciudad como Londres sino en los lugares donde menos inmigrantes residen”.

Las encuestas en Sittingbourne apuntan a una victoria conservadora y esto se explica en buena medida, como señaló Truelove, porque el candidato tory se ha esforzado para acercarse a la posición xenófoba de UKIP y recordar a los votantes que si su partido vuelve a gobernar se celebrará un referéndum para ver si el Reino Unido sale de la Unión Europea. Sin embargo, pese a no haberse expresado ni contra la inmigración ni contra Europa, el candidato laborista, Guy Nicholson, dice creer que tiene buenas posibilidades de ganar. Lo basa en su propio sistema de medir la temperatura política: ir todos los días de puerta en puerta pidiendo a la gente su voto.

Acompañé a Nicholson, que trabajó en el teatro durante 15 años, durante una tarde en un barrio residencial obrero de casas idénticas en el que vimos reflejado un amplio abanico de sentimientos, desde la apatía total por la política, a votantes incondicionales laboristas o conservadores, a fervientes conversos a UKIP, a varios que aún no se habían decidido. Había quienes al ver que Nicholson era laborista le cerraban la puerta en la nariz. Un joven al que el candidato intentó saludar en la calle ni le miró, escupió en la acera y siguió su camino. “UKIP, claramente”, murmuró Nicholson.

Para la mayoría que sí se dignó a conversar con el candidato había tres temas de interés: la economía personal, los servicios públicos y los inmigrantes. Entre ellos, un señor mayor

llamado Martin confesó que antes había votado por los laboristas, pero que ahora votaría “por el statu quo”. “Estoy aburrido de la política”, explicó, “pero el Gobierno de Cameron ha hecho las cosas bien. Temo el cambio. Podríamos estar peor”. Un hombre de unos 40 años que trabajaba en la construcción dijo que votaría por UKIP porque los inmigrantes estaban abusando del sistema de salud público y forzando una bajada de los sueldos.

Para un conductor de tren con tres hijos pequeños, la cuestión se reducía a cuál de los dos partidos principales le aseguraría una subida de sueldo e, igual de importante, cuál se esforzaría para que las luces en su calle permanecieran encendidas toda la noche, ya que a veces volvía a casa a las dos de la mañana y no podía ver nada. Otros dijeron que votarían al que prometiera instalarles un paso de peatones en una avenida cercana; un anciano afirmó que votaría por los laboristas “como siempre”, pero añadió: “Por favor, ¿se le podría recomendar al líder del partido, Ed Miliband, que introdujera un sistema de subsidios para reducir el elevado coste de los servicios fúnebres?”

También hubo un señor brusco que afirmó que pensaba trasladar su voto de los conservadores a UKIP. Su explicación fue que le disgustaba profundamente que el Gobierno de Cameron gastase el 0,7% del presupuesto nacional para combatir la pobreza mundial.

Reflexionando después con Guy Nicholson y algunos de sus compañeros de partido sobre lo que se había aprendido en la caminata electoral, una mujer que nos había acompañado dijo sentirse frustrada y triste. “Lo que más le interesa a la gente son banalidades locales”, dijo, “o cómo poder obtener un aparato electrónico mejor que el de su vecino. Demasiados creen que mejorarán sus posibilidades frenando la entrada de inmigrantes al país. No veo a suficiente gente que tenga una visión generosa de la vida”.

A eso aspira Ed Miliband, el líder laborista. También Guy Nicholson. Pero ambos han visto a lo largo de la campaña que el miedo motiva a la gente más que el deseo de forjar un mundo mejor. La mayoría no votará por UKIP, pero muchos comparten su actitud temerosa frente a los extranjeros, a Europa y a la vida. En sus entrañas, Nicholson sabe que perderá; Miliband, en las suyas, que los conservadores ganarán más escaños parlamentarios que su partido.

‘Los caballeros de la Mesa Redonda’

Domingo, doce de la mañana, horario de misa. Faltan cuatro días para Navidad y el recinto está repleto; el ambiente, festivo; el fervor ante la inminente llegada del elegido, in crescendo. Gente de todas las edades, de los dos años a los ochenta, la mayoría de pie, con los ojos puestos en una puerta al fondo de la sala por donde saldrá el hombre llamado a señalarles el camino. Pasan los minutos —doce y cinco, doce y diez, doce y cuarto— y aún no aparece. Pero la multitud no se desanima. Se deleita con la sensación de estar participando en un momento histórico y corea una consigna tras otra, todas cargadas de ilusión, aunque de origen diverso.

“¡Sí, se puede!”, eco del “Yes, we can” de la campaña electoral del presidente de Estados Unidos; “¡El pueblo, unido, jamás será vencido!”, importada de América Latina, de las luchas antiimperialismo yanqui; “A por ellos, ¡oé!”, de la liturgia futbolera; y “¡Paaablooo! ¡Paaablooo!”, al ritmo que marcan los fieles del vecino Camp Nou —“¡Meeessiii! ¡Meeessiii!” — cuando aclaman a su ídolo.

El lugar, el Palau Municipal d’Esports de Vall d’Hebron, barrio obrero de Barcelona; la fecha, el 21 de diciembre del año recién concluido.

Falta casi un año para las elecciones generales españolas pero ya huele a victoria aquí en el Vall d’Hebron. Es el primer acto multitudinario de Podemos, el partido político líder según las encuestas nacionales, en tierras catalanas. Unas 2.500 personas dentro del pabellón y otras mil afuera aclaman a Pablo Iglesias, profesor de Ciencias Políticas de 36 años que, justo un año antes, con otros cuatro docentes de la Universidad Complutense de Madrid, decide fundar Podemos. Ahora es su secretario general, primus inter pares y cara pública de la nueva formación, el líder de la primavera española que hoy agita a la vieja Europa.

Viste camisa blanca, vaqueros azules, zapatos deportivos negros con rayas blancas, marcando la diferencia con la encorbatada burguesía. Podemos representa cambio, futuro y modernidad, pero la coleta larga que luce le da un aire rockero años setenta.

La simbología es algo confusa, como las consignas, como las palabras del propio Iglesias. Es catedrático pero el plato fuerte de su discurso es un cuento para niños, una fábula sobre gatos y ratones de fácil digestión para todas las edades: los gatos son los malos, los representantes de la casta dominante, y los ratones son el pueblo, los buenos. Dice —su tono urgente, disparando palabras como balas— que ni él ni ninguno de los fundadores de Podemos son Podemos: “¡Podemos sois vosotros!”, para luego agregar: “Hay cientos de miles que dicen ‘El de la coleta soy yo’”. Declara: “Yo soy de izquierdas”, pero al instante matiza: “El poder no teme a la izquierda sino a la gente”. Y afirma: “No he venido a Cataluña a prometer nada a nadie. No me fío de los políticos que hacen promesas”.

El público en el pabellón de Vall d’Hebron no deja de aplaudir, pero queda por ver si, a la hora de votar, una mayoría de españoles estará dispuesta a fiarse de un partido político que no hace promesas. Quedan muchas preguntas por contestar. ¿Qué ha hecho Podemos para convencer a tantos en tan poco tiempo? ¿Cómo son sus dirigentes, sus activistas, los nuevos conversos a la causa? Y, ante todo, ¿qué quiere Podemos?

En la sede del partido, en la plaza de España en Madrid, reina el ambiente despachogaraje de una start-upcaliforniana. Unos diez jóvenes en vaqueros y camisetas trabajan intensamente en una ambiciosa misión: conquistar los corazones y las mentes del público votante español. Sus armas, ordenadores portátiles y teléfonos móviles, las herramientas

digitales con las que Podemos ha logrado amplificar el mensaje del partido con tan frenética efectividad.

Aquí no gusta el concepto de jefe pero Miguel Ardanuy, de 25 años, es el cerebro del sector de Podemos que en otros tiempos se hubiera denominado "propaganda" pero que ellos llaman "participación".

"Sin las redes sociales no estaríamos donde estamos hoy en las encuestas", cuenta Ardanuy, que estudió Ciencias Políticas en la Complutense, habla como si tuviera prisa como Iglesias y luce dos colas rastas, largas y finitas. "En otra época uno transmitía su mensaje yendo de puerta en puerta", dice. "Hoy todo ocurre al instante".

Gracias a Internet los simpatizantes de Podemos, 300.000 de ellos suscritos a la página web Plaza Podemos, son todos vecinos. A través de esta plataforma, de Twitter y de una aplicación para móviles llamada Appgree han armado foros de debate que aportan ideas al proceso de decisiones del partido y a la vez funcionan como un servicio de datos, ofreciendo la materia prima con la que el liderazgo afina los mensajes que tienen mayor resonancia entre la población.

Así Podemos ha ido destilando las claves de su vendedora "narrativa" y de ahí también las frases hechas que Ardanuy y sus compañeros oficinistas-militantes salpican en la conversación: "Nosotros representamos la ilusión"; "el PP y el PSOE están osificados"; "adiós a la casta corrupta que nos gobierna" (la casta, la palabra más utilizada en el lexicon de Podemos), y la frase que repiten una y otra vez, "no somos ni de izquierda ni de derecha".

Esta última es a la vez la consigna que más polémica genera y la que más alcance tiene. Indigna a la izquierda tradicional, de la que se han distanciado, pero al mismo tiempo, apelando a lo que Podemos llama el "sentido común", despeja miedos y despierta entusiasmo en un amplio sector de la población. Es la fórmula para construir lo que Pablo Iglesias llama "una marca ganadora".

No todos los rebeldes de Podemos son jóvenes. Jesús Montero, de 51 años, es el recién electo secretario municipal del partido en Madrid. Trabaja en la Complutense (todos los caminos de Podemos se originan aquí) en un alto cargo de administración.

De tez y físico delgados, luce una ligera barba blanca y una pequeña gorra de cuero, lo que le proporciona un aspecto medio Quijote, medio Lenin. Pero, a diferencia de Iglesias y Ardanuy, habla de manera medida y serena, seguramente más pausado que cuando inició su trayectoria política a los 14 años como organizador de una huelga en el colegio. Influidor por "curas politizados", a tal punto que durante un tiempo pensó que él mismo iba para cura, se incorporó a las Juventudes Comunistas y fue elegido secretario general cuando tenía 20 años. De ahí pasó a ser uno de los fundadores de Izquierda Unida en 1986, partido que dejó en 1997 tras una crisis interna, pero el año siguiente acudió con entusiasmo a Chiapas, en México, a observar de cerca la revolución zapatista del subcomandante Marcos. "Ahí surgió la idea de que otro mundo es posible, en contra de la globalización y la revolución conservadora de Reagan y Thatcher", dice. Pero el zapatismo tampoco prosperó y la izquierda española "naufregó por falta de audacia". En 2003 abandonó toda militancia organizada.

Once años después, la vida le ha ofrecido una segunda oportunidad. "He recuperado la ilusión. Venimos a democratizar el poder y remoralizar la vida pública, a sacar el discurso de los bares a la plaza, a restaurar el vínculo entre la gente y el gobierno, que ha tratado a la gente como si fueran menores de edad".

Para restaurar el vínculo hay que acabar con el paternalismo de los partidos tradicionales, dice. En otro momento de su vida quizá hubiera dicho que había que acabar con el capitalismo también. Ya no.

“No todos los empresarios son iguales”, afirma. “Hay dos culturas empresariales. Una es casta, la otra quiere contribuir al bienestar social, como la familia Botín en el Banco Santander”. ¿Habla en serio? “¡Sí! Yo estoy convencido de que hay empresarios de buena voluntad. Hay sectores del capitalismo emprendedor que saben que necesitan un país con menos desigualdad social, que entienden que así expanden su mercado. Seguro que Ana Botín [presidenta del Banco Santander] se vería con Pablo Iglesias y hablarían de estas cosas”.

Menos matizado fue el populista mensaje —prácticamente el único mensaje— que se lanzó durante un acto de Podemos que presidió Montero unas horas más tarde en el barrio céntrico obrero de Madrid, Lavapiés. “Vamos a echar a la mafia económica y política, vamos a echar a los golfos, vamos a recuperar Madrid para los ciudadanos”, y “vamos a acabar con el austericidio”, y “vamos a acabar con la vieja política y vamos a crear una democracia participativa” fueron las consignas más coreadas.

La democracia participativa es más posible hoy que nunca gracias a la revolución digital, dice Montero cuando le toca su turno de hablar, y anuncia que Podemos va a lanzar una campaña para que todo el mundo tenga acceso a la web y pueda así tener un impacto directo sobre las políticas de Podemos. Como ha propuesto Pablo Iglesias, “cada vez que haya que tomar una decisión en Podemos que sea compleja y difícil propondremos que vote la gente”.

La idea es bonita, pero surgen un par de dudas. Primero, se parte de la base de que las grandes mayorías comparten o pueden llegar a compartir la pasión por la política de los politólogos y sociólogos que han creado Podemos, cuando quizá la realidad sea que en España, como en todos lados, la política es un deporte minoritario. Segundo, se opera según la premisa, alimentada hoy por el fenómeno de referendos virtuales permanentes que ofrecen las redes sociales, de que la opinión del pueblo debe ser escuchada. Pero, como se vio en Alemania en su día, la sabiduría de las masas es un concepto cuestionable, muchas veces basado en la ignorancia o en la histeria colectiva. En temas delicados y complejos de economía, o de política extranjera, las ideas que aporta la masa tuitera a las grandes cuestiones del día pueden resultar de poco más valor que las de los pasajeros al piloto cuando un avión atraviesa aires turbulentos.

Alguien que conversa sobre política con la desenvoltura y pasión de un fanático del Real Madrid sobre el fútbol es Íñigo Errejón. Señalado por algunos como el verdadero genio de Podemos, tiene el aspecto de un chico de 16 años, aunque tiene 31. Como los otros cinco fundadores de Podemos, Errejón es profesor en la Complutense.

Sus gafas le dan un aire Harry Potter, motivación adicional para preguntarle por el truco mágico que ha transformado a militantes de izquierda como él en políticos pragmáticos todoterreno.

“La mayor parte de la gente no se ve representada hoy ni en los dos partidos políticos dominantes, ni en la vieja izquierda”, responde. “Izquierda y derecha son metáforas, son nombres nada más, y no son eternos. Nosotros representamos el sentido común contenido en una identidad transversal y popular, frente a la oligarquía”.

Errejón emana una enorme confianza en sí mismo unida a una casi agotadora hiperactividad mental. Pero esa palabra, oligarquía, chirría un poco en alguien que pretende alejarse de los tópicos de la vieja izquierda, como también chirría la asociación de los líderes

de Podemos con la Venezuela de Hugo Chávez, según Pablo Iglesias, “una de las democracias más saludables del mundo”.

¿Cómo encaja la admiración por el chavismo venezolano, que tras 15 años de gobierno ha llevado al país latinoamericano al borde de la ruina, con el ecumenismo que profesa Podemos? Errejón no responde ¿Vene... qué?, pero casi. Descalifica cualquier noción de que Podemos piense en replicar el modelo de Venezuela. “España no es un país como Venezuela, con petróleo. Es otra cosa. El Estado funciona, el PIB es mucho más alto, no viven pobres en la montaña sin luz”.

Pero entonces, ¿cuál es el programa? Es la pregunta que todos los sectores opuestos a Podemos hacen, pero Errejón insiste en que el partido es un recién nacido y es prematuro exigir “mañana mismo” muchos detalles al respecto.

Lo que sí tiene Podemos es lo que más necesita un partido que pretende ganar elecciones: una narrativa identitaria al alcance de todos. Se presentan al imaginario colectivo como los caballeros de la Mesa Redonda que, junto al pueblo enardecido, pretenden atacar, despoblar y ocupar el castillo negro donde se atrinchera la despiadada casta. Errejón no discrepa de la metáfora pero matiza que “aún falta mucho para llegar a las murallas”.

En caso de que lleguen, Errejón no menosprecia la enormidad del reto al que Podemos se enfrentaría. Sueña, pero con los ojos abiertos. “Si ganamos las elecciones, ahí empieza el partido de verdad. Ahí competimos en Champions y el cambio revolucionario que deseamos, debemos reconocerlo, no se va a lograr sin que Europa, o al menos la parte sur de Europa, esté con nosotros. Esto no es la apología de la utopía. Vamos a empujar tantito, pero el cuánto dependerá de otros en Europa también”.

Es decir, en una Europa en la que la soberanía nacional es limitada, en un mundo más económicamente interdependiente que nunca, un Gobierno como el español poco puede hacer solo para, por ejemplo, aumentar el gasto público o reducir el paro. Como decía hace poco en una entrevista a la BBC el presidente saliente de Uruguay e ídolo de Podemos, José Mujica: “El problema es la realidad porque no hacemos lo que queremos, hacemos lo que podemos dentro del margen de la realidad”.

¿Qué pasaría si Podemos desapareciera del mapa tan rápidamente como emergió? ¿Para algo habría servido?

Errejón es listo y lo sabe pero posee la suficiente humildad para no descartar esta posibilidad. “Si desaparecemos mañana le habremos dado una buena lección a los poderosos. Se les habrá metido miedo. Con su sola existencia Podemos ha demostrado el deseo de la gente de regeneración democrática, ha destapado como nunca la necesidad de que los gobernantes rindan cuentas”.

'Locos por el 2000'

Un número creciente de estadounidenses cree que el apocalipsis llegará el próximo año, de la mano de los ordenadores. El llamado "efecto 2000" desencadenará una serie de reacciones en la infraestructura tecnológica del planeta que acabará por devolver a la humanidad a la Edad de Piedra. La mitad de la población de EEUU planea retirar dinero del banco unos días antes de año nuevo y un tercio quiere hacer acopio de alimentos. Algunos, muy ruidosos, les llevan ya cierta ventaja, como Paul Milne, ex agente en el mercado de materias primas, que se ha llevado a su familia a una granja de Virginia donde tiene ya todo preparado para autoabastecerse y encarar los peligros que presagia la hecatombe.

En el corazón de la Virginia rural, en una pequeña parcela de tierra situada a 350 kilómetros al sur de Washington, Paul Milne está construyendo su último reducto. En lo que él considera un triunfo de la razón, y no de la demencia, Milne, antiguo agente en el mercado de materias primas de Nueva York, ha llevado a su esposa, sus cinco hijos y varios miembros de su familia a una vieja granja destartada en busca de refugio ante la destrucción que se extenderá por todo el mundo en torno al año 2000. "Yo le digo a todo el mundo: "Corréis peligro. Mirad, detrás de vosotros viene un autobús". Pero si no escuchan, si no se dan la vuelta, allá ellos; que se mueran", explica.

"Luego están los que me dicen: "No te preocupes, nos las arreglaremos. Todo se resolverá". Esas personas están locas. No se dan cuenta de que van a morir. Creen que va a venir el Séptimo de Caballería. Y no es así".

Milne fuma un cigarrillo tras otro y afirma que ése es un placer del que tendrá que aprender a prescindir; está sentado en un banco delante de su casa, un gran edificio de madera blanca, grisáceo por falta de pintura, situado en una colina y al final de un largo camino pedregoso. No se ven otras casas. El pueblo más cercano está a 15 kilómetros.

A su derecha, bajando por una ladera, hay un corral con una cerda de gran tamaño, llamada Mabel, cuya última cría ha sacrificado para la cena. Milne ha aprendido por su cuenta a matar animales. Incluso a castrarlos, que es el destino que ha sufrido una de sus tres reses, un novillo que pretende usar para arar un campo en el que cultiva hortalizas. Estamos muy lejos de Nueva York.

"La clave está en que, en la sociedad tecnológica moderna, todos dependen por completo unos de otros. La manera de acabar con esa dependencia y lograr sobrevivir es aprender a ser lo más autosuficiente posible", añade Milne.

Asegura que ha almacenado cereal, maíz, azúcar, legumbres y levadura, en recipientes de plástico enterrados en su propiedad, en cantidad suficiente para alimentar a 15 personas durante dos años. Es el número total de personas que espera que vayan a vivir con él, cuando se incorporen su hermana y su cuñado con sus dos hijos, sus suegros y dos amigos.

Además de la cerda y el ganado, tiene pollos y conejos. Dice que puede cultivar lechugas, tomates, coles y otras verduras para alimentar a media docena de familias. Tiene una vaca, de la que puede sacar leche, mantequilla y queso. Cuenta con dos pozos de agua y suficiente leña a su alcance para cocinar y mantener caliente a su familia en invierno.

"He hablado con algunas de las personas más ancianas de la región para aprender algunas técnicas de agricultura y cocina del siglo XIX", explica.

Los problemas médicos también están resueltos. Milne fue médico durante la guerra de Vietnam, en un barco fondeado frente a la costa de aquel país asiático. "Tenemos aparatos quirúrgicos", asegura. "Puedo extraer un apéndice o amputar una pierna si es necesario". Respecto a la educación de sus hijos, es su mujer la que se encarga. Las leyes de Virginia la autorizan a enseñarles en casa. Su marido, como dice ella con solemnidad, es "el director del colegio".

Milne, que obtiene unos modestos ingresos haciendo reparaciones eléctricas, es un hombre de gran formación. Posee un título en griego y hebreo antiguo, es un ávido estudioso de la lingüística y, cuando habla, cita con frecuencia a Kierkegaard y Oscar Wilde. Es una base de datos ambulante sobre el estado de la economía mundial, una información que obtiene, sobre todo, gracias a su devoción casi fanática por Internet; pasa la mayor parte del día absorbiendo datos y comunicándose con almas gemelas.

"El problema del año 2000 no es lo único que debemos temer", afirma. "Está, además, la economía. Cuando trabajaba en el sector de las materias primas, se me ponían los pelos de punta. Me parecía obsceno con qué facilidad se obtenían créditos. Siempre se daba por supuesto que iba a haber una expansión. Pero llega un momento en el que la capacidad sobrepasa a la demanda, los bienes de consumo son todavía más superfluos de lo que ya son, y uno no puede hacer frente a sus deudas. De modo que el derrumbe no es más que cuestión de tiempo".

Si a la fragilidad intrínseca del sistema financiero mundial se añade el problema del año 2000, que "basta por sí solo para acabar con todos nosotros", la catástrofe está garantizada. "El Gobierno federal nos miente cuando dice que todo se va a arreglar de la noche a la mañana", declara, lleno de indignación. "La verdad es que no hay tiempo ni capacidad física de conseguirlo. Y cuando esa verdad sea evidente, se producirá una auténtica estampida".

Y si Estados Unidos tiene problemas, eso no es nada comparado con el centenar de países que, sencillamente, no se han puesto todavía a pensar en la cuestión informática. "Japón es una zona catastrófica. China, también. En Rusia no existe el presupuesto necesario para ocuparse del problema. Con una economía mundial tan interdependiente, eso significa que, cuando el resto del mundo se hunda, Estados Unidos se hundirá con él".

"Es pura cuestión de números", insiste. "No se trata de pesimismo ni optimismo. En cierto modo, es un problema de la naturaleza humana". ¿La naturaleza humana? "Sí. La gente se niega a creer lo que está pasando. Si tienes un trabajo cómodo, una casa agradable y un futuro próspero y viene alguien a decirte que va a suceder una cosa que te va a cortar las alas, no puedes tolerar la idea. No la puedes aceptar".

Milne, en quien, por supuesto, la inteligencia ha vencido a la naturaleza humana, tiene una visión muy clara de lo que nos espera.

"Lo primero serán las repercusiones económicas; luego, el deterioro de los centros vitales de energía. La electricidad y el agua se acabarán. Los aviones se estrellarán. El sistema médico se derrumbará. En pocas palabras, de aquí a dos años, Nueva York se parecerá a Beirut occidental. Podrían ya muy bien colgar un cartel que diga "Bienvenidos a Beirut".

Los daños serán graduales", explica, "no un gran estallido. El 60% de los problemas van a surgir antes del 31 de diciembre de este año. No será un derrumbe, una bomba nuclear, sino una muerte producida por mil heridas y un montón de sal en cada una de ellas".

En su opinión, va a morir mucha gente. "Según mis cálculos, miles de millones. Empezando por todas esas personas del Tercer Mundo que dependen por completo de los

alimentos que les envían de otros lugares. Esos alimentos no les llegarán. Y ya tenemos ahí a mil millones. De un plumazo".

Milne está muy seguro de que su familia y él sobrevivirán. Pero la hambruna general tendrá sus peligros.

"Si alguien se acerca a mi propiedad en actitud suplicante, no tendré ningún inconveniente. Le daremos cobijo y comida", declara, como dando por supuesto que su familia será una nueva aristocracia posapocalíptica. "Pero si alguien cree que va a poder violar mi propiedad privada, no sabe lo que le espera. He hecho sacrificios y estoy preparado. Estoy perfectamente armado. Pistolas, rifles, ametralladoras. Tengo suficiente munición para varios años. Y seremos media docena de hombres hechos y derechos".

Ha rodeado su terreno con una verja para que nadie tenga la menor duda de cuáles son los límites. "Si es necesario, mantendremos turnos de guardia toda la noche. Lo que tendré que decidir es si no disparo. Porque, si veo a alguien merodeando entre los árboles, es hombre muerto. Si le encuentro en mi propiedad después de que se ponga el sol, primero morirá, y luego preguntaremos".

“Me pregunto si es mejor estar muerto’

Christian Bagge, Chang Wong, René Martínez... Todos se recuperan de graves heridas y mutilaciones sufridas en combate en el Centro Médico Militar Brooke de San Antonio (Tejas). Son algunos de los más de 15.000 soldados estadounidenses heridos desde que comenzó la guerra de Irak. Componen la otra gran lista de bajas, la que se suma a la de más de 2.000 muertos. La mayoría de estos heridos no se cuestionan si la intervención militar estaba justificada o no, entre otras razones porque eso no les serviría de ninguna ayuda para recuperar sus miembros segados por la metralla. Uno de ellos, sin embargo, puesto a señalar un motivo que justifique su misión en Irak, escoge la libertad, "la libertad para el pueblo iraquí".

Los sargentos Christian Bagge y Chang Wong del Ejército de Estados Unidos perdieron sus piernas mientras libraban la guerra contra el terrorismo en Irak. El cabo José René Martínez perdió la cara. Víctimas de potentes bombas caseras, son tres de los casos más graves de los 15.000 soldados estadounidenses reconocidos oficialmente como heridos en Irak, e ignorados por el gran público. Son también la prueba viva y dolorosa de la conclusión de un estudio militar interno, publicado recientemente en la prensa estadounidense, según el cual el 28% de los veteranos de Irak necesitan atención médica o psicológica. Como pude observar cuando hablé con ellos durante una visita supervisada en el Centro Médico Militar Brooke de San Antonio (Tejas), Bagge, Wong y Martínez han tenido enorme necesidad de ambas cosas.

La pérdida de Bagge es aún más amarga por el dulce recuerdo que la precedió. Se casó con Melissa, su amiga de la infancia, el 9 de marzo, entre dos misiones en Irak. Pasaron dos semanas de luna de miel en Las Vegas, y las disfrutaron con el más profundo deleite por saber que, al acabar, él se subiría a un avión para dirigirse al lugar más aterrador del mundo. El 3 de enero, seis días antes de que se cumplieran tres meses de la boda, perdió las dos piernas por debajo de la rodilla, cuando lo que el Ejército llama un dispositivo explosivo improvisado (en sus siglas en inglés, IED) estalló bajo el humvee, el vehículo blindado que conducía.

"Todavía hoy", dice, "pienso sobre todo: 'No es posible que me esté pasando esto'. Todavía creo que me voy a despertar y encontrarme con que todo ha sido un mal sueño. Me esfuerzo en ser optimista. Lo soy, por naturaleza, pero me cuesta y es muy difícil. Es una batalla cada día".

Hablamos en un sitio en el que muchos otros soldados heridos llevan luchando mucho tiempo: la luminosa sala de ejercicios del Centro Médico Militar Brooke, donde los médicos están especializados en devolver el movimiento a los amputados y la piel a las víctimas de quemaduras. La atmósfera pretende ser alegre. En las paredes hay fotografías enmarcadas de soldados mutilados practicando el tiro con arco o esquiando en la nieve.

Bagge, que tiene 23 años, como su mujer, está sentado en un colchón de plástico negro, tan alto como una cama, con sus dos muñones vendados apoyados en el borde. Clásico chico estadounidense -limpio, serio y expresivo-, Bagge confiesa que entró en el ejército hace seis años para obtener educación universitaria gratuita, pero se vio sorprendido porque le llegó a entusiasmar la vida de soldado. "En Irak había tensión constante, claro. Patrullábamos mucho a pie, registrábamos supuestas aldeas terroristas. Saltábamos de helicópteros, irrumpíamos en los pueblos y echábamos puertas abajo. Estabas muy asustado, pero te aficionabas a la excitación. No puede haber nada más emocionante en la vida".

Melissa, rubia, atractiva, con las uñas de los pies pintadas, está sentada a su lado y escucha impasible, como si estuviera acostumbrada a oírle hablar así, oscilando entre la frustración y la necesidad de sacar algo de permanente valor del sacrificio de sus piernas. De vez en cuando, ella pasea su mirada por la sala con la vacuidad de lo cotidiano, mira a los enfermeros, los fisioterapeutas, la media docena de jóvenes a los que les falta algún miembro y que están aprendiendo a dar los primeros pasos sobre unas patas metálicas y largas, de alta tecnología -con unos microprocesadores diseñados para "control de caídas"-, que les permitirán no solo volver a andar sino incluso a correr. A su marido le van a probar unas por primera vez el día de mi visita.

Tiene a su favor su fe en Dios, explica. Sus padres fueron -y siguen siendo- misioneros cristianos en Bolivia. Él tocó la batería en un grupo de rock cristiano. Sin embargo, la batalla cotidiana que dice librar en su interior, entre el optimismo y la amargura, se detecta cuando recuerda los detalles de lo que le pasó. Las palabras de Bagge apuntan a una profunda desilusión, pero su tono de voz no es ni quejoso ni resentido. En su preocupación por mantener un control "profesional" -así lo asegura más de una vez-, por recordar que es un militar hablando con un periodista, no sentencia, no protesta abiertamente por la cruel sucesión de desgracias y errores de juicio que desembocaron en el incidente en el que perdió sus piernas. Se limita a enumerarlas.

"Se suponía que no debíamos estar patrullando a una hora tan tardía de la noche, se suponía que no debíamos estar en aquella parte del desierto, se suponía que yo no debía conducir; sin embargo, todo eso pasó", explica. "El soldado que tenía que conducir el humvee se dejó las gafas de visión nocturna en nuestra base de Kirkuk, así que yo, que no me había olvidado las mías, me puse detrás del volante". La bomba, enterrada en la arena, estalló a las 4.20, al hacer contacto con la rueda más cercana al asiento del conductor. "La explosión hizo un ruido tremendo y luego, durante una eternidad, silencio. Entonces, Méndez empezó a decir nuestros nombres. Oí a los otros cuatro que respondían: 'Ok; Ok; Ok; Ok'. Y empecé a dar unos alaridos incontrolables, hasta que alguien gritó: '¡Bagge está herido!' Me noté el uniforme húmedo por la sangre. Bajé la vista y vi que la puntera de mi bota izquierda había girado 180 grados y miraba hacia atrás. Y pensé: 'Esto no está bien'. No podía ver la rodilla derecha, y el brazo izquierdo me dolía enormemente, y me di cuenta de que estaba atrapado en el amasijo de instrumentos del vehículo. Entonces les di a mis compañeros el correo electrónico de mi mujer y recé, porque supe, supe, que iba a morir".

Un intrépido piloto de helicóptero decidió saltarse la burocracia que retrasaba el rescate de Bagge. Tuvo que esperar 90 minutos, me explica, por las normas que restringen las misiones nocturnas para los helicópteros de evacuación médica. "Dos horas más así, y habría muerto desangrado", cuenta Bagge, que se esfuerza en mantener un tono estrictamente objetivo, pero no puede contener cierta exasperación al recordar cómo le dieron la noticia a su esposa.

Ella dice que vivió aterrada cada día que él estuvo lejos, a diferencia del resto de su familia que, "como la mayoría de la gente", oían noticias ocasionales en los informativos de televisión sobre soldados que morían en Irak, pero no tenían "ni idea" de los muchos más que volvían heridos. "La primera vez, llamaron para decirme que tenía dos piernas rotas y un dedo del pie amputado", recuerda Melissa. "Luego volvieron a llamar, un par de horas más tarde para decir que tenían más noticias, que habían amputado las dos piernas...". "Y luego", prosigue Christian, luchando para contener su enfado, "llamaron con otra novedad. Dijeron que me habían amputado el brazo izquierdo...".

Estuvieron a punto, pero, gracias a un milagro de la ciencia -realizado bajo una larga y tortuosa cicatriz roja que recorre el interior de su codo-, consiguió recuperar el uso del brazo. Ahora observa su poderoso bíceps y lo flexiona. Pero en esa breve mirada, ve algo por el rabllo del ojo que borra el germen de sonrisa que afloraba. Lo que ve es una imagen de su futuro: un soldado flaco y de triste rostro que entra en la sala sosteniéndose con dificultad sobre dos de esas patas metálicas inteligentes que pronto se convertirán en compañeras suyas para toda la vida.

Una mujer también menuda y delgada, vestida de civil, lleva al joven del brazo y le acompaña hasta una bicicleta de ejercicios, donde le ofrece el hombro para que, entre muecas y sudores, pueda subirse al asiento y colocar sus frías extremidades sobre los pedales. Es de imaginar el dolor y la dificultad que debe suponer adaptarse a esas piernas de androide, sujetas con un tornillo a la rodilla y rematadas con unas zapatillas de deportes, de marca, donde antes iban los pies.

El soldado es Chang Wong, y la mujer que le acompaña es su madre. Los dos nacieron en Malaisia. Ella le trajo a Estados Unidos cuando tenía dos años, en busca del sueño americano. Su rostro es la imagen de la melancolía.

Mientras Chang Wang pedalea enérgicamente con sus piernas nuevas, con los ojos inyectados en sangre y el rostro en un gesto de dolor que revela Dios sabe cuántas lágrimas solitarias, se siente obligado a explicar que los iraquíes se pueden dividir en "buenos", que son los "amigos", y "malos", que son unos "buitres". "Siempre nos estaban pidiendo golosinas y cosas", dice, respirando con fuerza y proyectando su infelicidad en los pedales. "Buitres, sí. Ésa es la palabra".

¿Se arrepiente de haberse alistado y haber ido a luchar a Irak? "No sirve de nada quejarme de mi destino", responde, "porque ya no se puede hacer nada. No me va a servir de nada. Así que más vale no arrepentirse". Ve algo detrás de mí y se calla, como había hecho antes Bagge al verle a él. Me doy la vuelta y veo sentado, en el gran colchón de plástico negro situado detrás de Bagge, a un soldado grandullón, casi tan ancho como alto es Chang Wong, sin las dos piernas -uno de los muñones, muy por encima de la rodilla-. Tiene la cara cubierta por las manos, enterrada en el colchón, y solloza sin parar, en silencio, agitando suavemente sus anchos hombros. Chang Wong respira hondo y aparta la mirada para fijarla en algún punto lejano. ¿No está resentido, pues? "Tengo que ver el lado bueno", responde. "Estoy vivo. Muchos otros han muerto. Muchos otros están peor que yo".

Christian Bagge dice lo mismo sobre los heridos de la Unidad de Quemados. "Tengo suerte", dice. "Allí se ven cosas mucho peores que aquí. Prepárese. Es duro. No tengo palabras para lo que viven esos tipos, los rostros quemados e irreconocibles. Uno se queda mirándolos, no puede evitarlo. A veces, me pregunto si no es mejor estar muerto".

Es el caso de un soldado de 19 años, llamado Merlin, que sufrió quemaduras en el 97% de su cuerpo por una explosión ocurrida en febrero de este año. La única parte de su cuerpo que quedó indemne fue la planta de los pies. Ocho meses después, seguía en cuidados intensivos. Tenía momentos en los que el dolor disminuía y estaba lúcido. En uno de esos instantes, hace poco, le pidió a un voluntario que le visitaba que le consiguiera el vídeo de una película que deseaba ver: Scarface, Cara Cortada, la violentísima película protagonizada por Al Pacino.

No es fácil saber qué consuelo podía extraer de ver una película así, pero lo que está claro es que ningún encargado de efectos especiales de Hollywood sería capaz de alcanzar el

horror real del rostro de Merlin, visible a través de una ventana cuando estaba tendido en un quirófano en el que se sometía a la rutina diaria de limpieza y desinfección de su cuerpo despellejado. Mientras una enfermera y un médico cubiertos con máscaras le limpiaban con algo que parecía gasa, él se quejaba y gritaba. La cara era una masa gelatinosa, blanca y rosada.

Casi igual de desgarrador es el espectáculo en el ala de terapia ocupacional de la Unidad de Quemados donde enseñan a los heridos a volver a utilizar sus manos abrasadas. Unos enfermeros especializados se sientan en las mesas con media docena de jóvenes terriblemente desfigurados -a veces es difícil decir si son hombres o mujeres- y se ocupan pacientemente de sus espantosas lesiones.

Uno de los que observan la escena es José René JR Martínez, que ya ha pasado por eso y tiene cierta idea de lo que está sufriendo Merlin. "Estos chicos acaban de salir de cuidados intensivos y éste es el primer paso de un largo viaje", dice JR, que tiene 22 años y cuya madre procede de El Salvador. Lleva dos años y medio en el Centro Médico Militar Brooke. Ha sufrido 33 operaciones. Antes, del cuello para arriba, tenía el mismo aspecto que tiene ahora Merlin. La bomba que le quemó el rostro estalló hace dos años y medio, cuando llevaba menos de un mes en Irak. "Mi madre vino al hospital inmediatamente después de que me trajeran, y, cuando se asomó a la misma ventana por la que acabamos de ver a Merlin, dijo: 'No, ése no es mi hijo'".

Hoy, JR guarda cierto parecido físico con el joven que entró en el ejército a los 19 años. Tiene un agujero donde antes estaba la oreja izquierda, pero tiene labios, y una nariz pequeña, y la cara y la cabeza, calva, están cubiertas por un mosaico de trozos de piel morena estirada, procedente, sobre todo, de su pecho. Y, tal vez lo más milagroso, tiene párpados. Durante tres meses no los tuvo. Hicieron falta siete operaciones para colocarle unos que funcionaran.

"Soy afortunado", dice JR. "Estuve 10 minutos dentro de un humvee en llamas, hecho una auténtica bola de fuego, antes de que me pudieran sacar. Y, sin embargo, solo sufrí quemaduras en un 40%. He visto a muchos peores que yo. Ahora estoy con fuerzas y todos los días le doy gracias a Dios por estar vivo".

Es fuerte. Hombros anchos, voz segura. A diferencia de Chang Wong, no se siente confuso. A diferencia de Christian Bagge, no alberga ninguna ambigüedad. "Claro, la primera vez que me vi la cara en el espejo, mi reacción fue sentirme furioso, negarlo, esto es un mal sueño, por qué yo. Pero lo que nunca hice fue arrepentirme de haber entrado en el ejército o haber ido a Irak. Estaba orgulloso de ello, y sigo estándolo".

JR ha viajado por Estados Unidos para pronunciar discursos de motivación ante reuniones de veteranos y actos del Club de los Rotarios. Lleno de energía y decidido a escribir alguna vez un libro sobre su experiencia, el resto del tiempo lo dedica a ser el encargado extraoficial de subir la moral a otros heridos como él, de ser el filósofo residente. "No todo el mundo tiene la misma actitud que yo, por supuesto. Hay muchos que sí que dicen que les gustaría no haber ido a Irak, que harían lo que fuera para dar marcha atrás al reloj. Algunos llegan a decir que preferirían estar muertos. Pero es una etapa que hay que superar. No sirve de nada arrepentirse. Cada uno tiene su vida y hay que sacarle el mejor partido posible. No vale de nada detenerse en los 'y si...'. En mi caso, incluso me alegro de que me ocurriera esto. Prefiero a este JR que habla que al que era antes. Me siento mucho más rico. Mucho mejor como ser humano".

También se siente satisfecho con la guerra de Irak. "La apoyo por toda la libertad que tenemos en Estados Unidos. ¿Le gustaría vivir en la situación de los iraquíes? ¿No tener

libertades ni derechos? ¡Por supuesto que no! Si nosotros disfrutamos de estas libertades, ¿por qué no podemos dárselas también a los iraquíes? Es verdad que en Irak hay gente mala, pero también hay mucha buena. Recuerdo que algunas personas nos aplaudían cuando pasábamos...". El reciente referéndum sobre la nueva constitución en Irak fue importante para JR. "Al ver eso, uno entiende por qué ha sufrido quemaduras graves, por qué un amigo perdió su pierna, por qué vio cómo otro amigo moría. Lo hicimos por eso. Para que pudieran votar".

Christian Bagge no se muestra tan directo ni tan seguro a la hora de decir cuántos iraquíes "buenos" o agradecidos había allí. "Los kurdos se alegraron de ser liberados, pero en las comunidades árabes había que estar vigilantes en todo momento. A veces nos invitaban a tomar el té, pero un segundo después te apuñalaban. Creo que era una treta, que aparentaban ser amables con nosotros. Eran medidas estratégicas para hacer que nos confiáramos. En mi opinión, era un engaño deliberado".

Al propio Bagge, su ejército le pidió que participara en una pequeña estrategia de engaño durante una reciente ceremonia de entrega de galardones en la que recibió un Corazón Púrpura. Antes de empezar, le dijeron que el público "no quería que le perturbaran", que querían que el acto fuera "agradable de ver". Por eso los organizadores le dieron unos pantalones largos especiales, diseñados para tapar los muñones de las piernas. Bagge dijo: "De acuerdo", y, al día siguiente, llegó a la ceremonia en silla de ruedas, con pantalón corto y las heridas a la vista de todos.

No obstante, Bagge insiste en todo lo bueno que le ha proporcionado el ejército, empezando por la camaradería. Recuerda con especial cariño a un "grandullón, paleta y terriblemente homóforo", llamado Richard Chance, que le tuvo estrechamente abrazado todo el tiempo mientras esperaba, ensangrentado, a que llegara el helicóptero de auxilio médico.

Por muy conmovedoras experiencias que haya vivido a veces con sus compañeros de armas y pese al extraordinario tratamiento médico que recibe, Bagge no parece tan seguro de su aprecio hacia el ejército como institución y a los poderes fácticos en general. No parece tener la misma necesidad que Martínez de conservar su fe terrenal. Ni tampoco parece haber alcanzado aquella paz, basada en la convicción de que la causa fue justa, que Martínez está convencido de haber logrado. Tal vez eso llegará más adelante. Tal vez le tenga que llegar para poder reconciliarse con el infierno que ha vivido, y el que le queda aún por vivir. Pero, por ahora, ante la gran pregunta, ¿mereció la pena?, Bagge reconoce que tiene serias dudas. No le gusta admitirlo porque es un soldado, repite, y es consciente de las repercusiones de sus palabras. Pero las dice, de todas formas.

"Debo tener cuidado con lo que digo porque quiero ser profesional, pero la verdad es que no estoy seguro sobre el precio que he pagado, porque los motivos para la intervención militar de Estados Unidos en esa parte del mundo han sido confusos. ¿Cuáles han sido?: primero íbamos a capturar a Bin Laden en Afganistán; luego, las armas de destrucción masiva y Sadam Husein; y luego, la libertad. Tengo que escoger uno. Así que escogeré la libertad, supongo. Sí, eso. La libertad para el pueblo iraquí".

